

CUENTOS

- Alucinado
 - Boceto
 - El castillo del diablo
 - El ruiñeñor
 - Historia de una gota de agua
 - La desgracia de estrella
 - Leyenda de la violeta
 - Mes de julio
 - Sin título
 - Suspiros
 - Un inmenso acto de amor
 - Amo el color
 - Cuento de reyes
 - El enigma de Tebas
 - Flor de arroyo
 - La caza de las corujas
 - La venganza de Julio
 - Leyenda de Talavera
 - Pitusín
 - Sueños de gloria
 - Suya siempre
 - Un sueño
-

ALUCINADO

Talavera de la Reina, 16.11.1921

Era una noche oscura y tenebrosa. El viento azotaba con fuerza chimeneas y ventanas, la nieve cayendo lentamente tapizaba el suelo de una alfombra blanquísima. Por la calle se oía de vez encunado el rápido pasar de los transeúntes que iban presurosos a cobijarse de la inclemencia del tiempo.

Más, entrad conmigo en una casita de pintadas puertas. Dentro se respiraba una atmósfera triste. De una habitación contigua salían sollozos y gemidos, por la entreabierta puerta se distinguía el pálido reflejar de unas velas que alumbraban tétricamente la habitación. Una cama sobre la cual estaba un

cadáver y unas viejucas que lloraban y rezaban en un rincón, era lo único que había.

Pero acompañadme más adentro y en una habitación lujosamente amueblada, donde espesos cortinones y cuadros la decoraban, apoyado en una mesa de despacho con la cabeza entre las manos, abrumado por la desgracia que sobre su cabeza se cernía, estaba el dueño de la casa.

Era un hombre alto, recio, fuerte musculatura y franco mirar. La gorrilla que caía sobre una silla, el pelo revuelto y el traje destrozado, indicaban su desesperación. Pesaroso y triste por la muerte de su esposa a la que amaba entrañablemente, permanecía sentado sobre su sillón.

Fuera se oía el chisporrotear de las velas, los llantos de las mujeres y el ruido monótono de la nieve, que penetraba por la ventana del despacho que, abierta por el dueño de la casa, permanecía tan abstraído en sus pensamientos que no se daba cuenta del frío que hacía en la habitación.

Poco a poco, como si obedeciese a un secreto impulso, alzó la cabeza y miró a través de la nieve que caía y se estremeció. Allá, por entre los gruesos copos de nieve, la figura de su esposa le miraba y sonreía. Bajó la cabeza, como aterrado, pero involuntariamente la levantó; esta vez la visión le llamaba con la mano y él a pesar del frío que calaba sus huesos, a pesar de estar descubierto, salió al pasillo, franqueó la puerta y se encontró en la calle. Delante de él, a pocos pasos, veía la visión que continuaba llamándole. Él, febril, loco, ciego, se abalanzó a ella pero la visión continuaba a la misma distancia. En la loca carrera atravesó la ciudad, salió al campo y la visión delante; y corriendo sin fuerzas, con el traje destrozado por las zarzas del camino y aterido de frío seguía corriendo.

Ya sin fuerza, sudoroso, jadeante intentó en un último esfuerzo alcanzarla, pero la imagen siempre delante y él rendido por el cansancio cayó desplomado. Se sintió morir, tendía los brazos hacia la visión, movía los pies queriendo correr, pero continuaba en el suelo.

La visión se acercó acariciándole con sus blancas manos, pero no podía alcanzarla. Por fin, rodeado de la nieve que se amontonaba en su cuerpo y de la visión que le rodeaba con sus brazos, estampando un beso en el vacío, dirigido a su esposa, expiró.

Amanecía, el sol que apareciendo por Oriente llenaba de luz el espacio, mientras las campanas de la iglesia, cuya espadaña se perfilaba en el horizonte, mientras los sacerdotes en el altar elevaban a Dios sus plegarias, allá en el campo, la visión sostenía en sus brazos el cadáver de un hombre rodeado de lobos y cuervos que se disputaban su presa.

BOCETO

(Sin fecha)

Cerca de la línea del ferrocarril, entre los campos de apenas despuntares trigos y la polvorienta carretera, se alzaba una pequeña casa, alrededor de la cual correteaban algunas gallinas, que picoteaban las hormigas y semillas entre la tierra.

La puerta se abrió y dejó ver la pálida figura de una mujer que, con un plato de migajas, llamaba a las gallinas. A sus llamadas acudieron corriendo y se unían entre cacareos y rumor de alas movidas; también algunos pájaros acudieron esperando las migajas que podrían dejar las voraces gallinas. Éstas se disputaban a picotazos la comida que las echaban.

El rostro de la moza se alegraba contemplando este sencillo cuadro. Leves tintes sonrosaban sus mejillas, cuando la sacó de su éxtasis una apagada voz que le decía: “Eugenia, dame agua”. Al oír esta voz, Eugenia corrió y entró en una habitación donde su madre agonizaba.

En un pobre catre de hierro se encontraba la pobre anciana. Su cabeza reclinada en blancas almohadas, dejaba ver un semblante pálido, demacrado, pero tranquilo como el de toda mujer cristiana ante la proximidad de la implacable. A su lado, sentada en una silla estaba María Eugenia, envolviendo en su dulcísima mirada el rostro de su madre.

Largas noches de insomnio había pasado ante su cabecera y la naturaleza rendida luchaba con el espíritu desierto, entablando desesperada lucha hasta que la naturaleza venció. Quedó dormida, reclinada sobre el brazo, con el rostro pálido cercado de espesa cabellera negra como ébano, y dibujando en sus labios triste sonrisa. Semejaba una escultura que cualquier artista hubiera bautizado con el epíteto “amor dormido”.

Su madre la dejaba dormir y aunque sentía que se iba debilitando poco a poco, no se cuidaba de llamarla. Pero llegó un omento en que no pudo resistir más. La sangre golpeaba en sus sienes, la respiración que era fatigosa, silbaba entre su seca garganta. Creyó morir y angustiada llamó a su hija: “María Eugenia, María Eugenia, despierta. No ha venido el sacerdote”. María Eugenia se despertó y pasando sus dedos por los somnolientos ojos, le dijo: “Espere, no debe tardar”, y corrió a la puerta de la casa. La naturaleza reía. Era un día de otoño, el sol enviaba sus rayos tibios, suaves, brillando en los rieles de la vía y en los helados cristales de los charcos; el aire murmuraba en las desunidas ramas de los árboles, moviendo las margaritas y hierbas de la llanura, que se perdía en el horizonte.

María Eugenia, al recibir el beso de aquel sol que alumbraba los campos, se sintió alegre por un momento, pero acordándose de su pobre madre enferma, tendió la vista por el campo y divisó por una vereda la negra figura de un hombre que se dirigía a su casa.

Era el sacerdote que, fiel a su ministerio, dejaba su casa para socorrer a un alma que desaparecía del mundo. Era el hombre heroico que atravesaba los dos kilómetros que distaba la ciudad, a pesar del frío que reinaba, que apoyado en su bastón de roble recibía de cara el frío aire. Solo porque un moribundo reclamaba los auxilios y consuelos de la religión cristiana. Con paso tardo llegó ante la puerta donde María Eugenia, con los ojos arrasados de lágrimas, le esperaba. “¿Qué tal está tu madre?”, le preguntó. “Mal, solo espera con ansias la visita de Usted, pase enseguida”.

El rostro de la enferma se iluminó al ver a D. Ramón (pues este era su nombre) atravesar el dintel de la puerta y, cerrando los ojos, se puso a hacer el examen de conciencia; mientras D. Ramón, sentado en una silla, respetaba aquel intervalo de silencio. La enferma abrió los ojos y con la sonrisa en los labios, le dijo: “D. Ramón, cuando quiera”. El cura se levantó, acercó su silla a la cama y se dispuso a oír la confesión de la paciente. Leve susurrar de voces apagadas resonaban en la habitación, haciendo coro a los sollozos que mal reprimidos salían del pecho de María Eugenia. Transcurrió un rato, al fin el sacerdote levantó la cabeza y con la mano alzada sobre la moribunda, pronunció las palabras sacramentales: “Ego te absolbo...”

La madre llamó a María Eugenia y estrechándola contra su pecho, le dijo al oído: “Me voy, siento que las fuerzas abandonan mi cuerpo. Sé buena y ruega por mí”. Calló, al cabo de un momento de silencio, los ojos de la enferma se abrieron. Miró a su hija, cerró los ojos, una ligera convulsión agitó su cuerpo. Después, nada; era cadáver.

María Eugenia, atontada por aquel duro golpe, lloraba silenciosamente sobre el inanimado cuerpo de su madre. El reloj marcaba las diez y media, un tren debía pasar. María Eugenia como guardabarrera tenía que dar paso al tren y atontada como estaba, no se dio cuenta de la responsabilidad que tenía. El tren había salido de la estación, ya sus resoplidos de bestia resonaban en la campiña, describió el tren una curva y apareció a poca distancia de la casa. La responsabilidad de María Eugenia era grande, pero por otra parte el cuerpo inerte de su madre la tenía como clavada en el lecho. Entonces D. Ramón, comprendiendo la situación, cogió las banderas y corriendo lo más que podía, llegó al paso de nivel; tendió el brazo con la bandera arrojada y dio paso al tren que pasó en medio de nubes de vapor y se perdió en el horizonte, mientras los viajeros se preguntaban por qué un simple cura daba paso al tren, sin sospechar siquiera el drama que ocurría en la casa de la guardabarrera.

EL CASTILLO DEL DIABLO

(Sin fecha)

Chisporrotean los leños en el hogar, una llama azulada y brillante los va consumiendo poco a poco; hierve el agua en los panzudos pucheros bargueños. Junto a la lumbre, sentado en un taburete se encuentra el tío Simón, a su lado tres lindos pequeñuelos juegan con unas chinas y papeles mientras su madre cose la ropa mirándoles tiernamente.

Los pequeños se cansaron de jugar y mientras el más chiquitín, linda criatura de tres años, corría a dormirse en el halda de su madre, los otros dos se acercaban a su abuelo lentamente. Querían que les contase un cuento, pero durante el día le habían hecho una diablura y el abuelo enfadado les dijo que aquella noche no habría cuento. Por eso los chiquillos se acercaban despacito, reconociendo su culpa y agarrándose a las piernas del vejete. “Abuelo, exclamó uno, cuéntanos el cuento que nos prometiste ayer”. “Es cierto, dijo el abuelo, pero también os prometí no contároslo por diablos y traviesos”. Los pobres muchachos se quedaron parados al oír aquella respuesta, creían que el abuelo se había olvidado de aquello; se pusieron tristes, callaron un rato, sus ojuelos inquietos y vivos miraban al severo rostro del tío Simón, mientras asomaban las lágrimas y sus labios dibujaban un pequeño pucherito.

Al fin se atrevió uno y con voz velada por las lágrimas, murmuró: “Si ya no lo volvemos a hacer, ya vamos a ser buenos”. “No os creo, replicó el viejo, varias veces me habéis dicho lo mismo y no os corregís. ¿Qué queréis que os diga el cuento con la promesa de ser buenos y mañana me hagáis otra diablura? No señor, hoy no hay cuento”. Y como viera que sus nietos preludiaban un lloro, enterneciese y acariciándolos con su callosa mano la rubia cabecita, prosiguió: “Carraspas, no lloréis, voy a contaros un cuento, peor al que me rechiste o me interrumpa, voy a daros un palo. Venid aquí”.

Y mientras decía esto, enarbolaba el viejo bastón, tan viejo como él, en el que se apoyaba en sus paseos. Los chiquillos, ya tranquilos, se acercaron y mirándose a través de las lágrimas, se sonrieron dulcemente. Habían conseguido su objeto, lágrimas infantiles triunfaban del fingido enfado del vejete. El tío Simón se puso serio, miró a sus nietos y con voz ronca pero firme, comenzó su narración:

“Mirad, ¿habéis oído vosotros algunas noches cuando llueve a cántaros y el mar ruge entre las peñas, unos ruidos profundos y unos silbidos que acompañan al huracán en su desenfrenada carrera? ¿No habéis oído algunas noches que el aire llama a vuestras ventanas y que con voz poderos ruge en lo alto de las chimeneas? Pues os voy a contar el origen de esos ruidos, de esos silbidos, de esas voces poderosas que resuenan en las noches de tormenta

mientras el aire desgaja los árboles y el mar salpica de espuma las rocosas peñas de la costa.

Como os habréis fijado, a poca distancia de aquí se levanta erguido y pujante un hermoso castillo cuyas almenas cubiertas de musgo indican el paso del tiempo. Ese castillo que llamáis vosotros del Diablo y que está algo destruido, en muy lejanos tiempos conservaba toda la bravura de un monstruo de piedra, que asomaba su altiva mirada sobre los montes cercanos y los abismos del mar.

Ese castillo que veis hoy solitario y abandonado se vio poblado de un gran número de guerreros y presencié una horrible tragedia, que aún resuena en mis oídos cuando la oí contar por vez primera mientras silbaba el viento y rugía en el mar una horrorosa galerna.

Uno de los dueños que vivieron en el castillo tenía dos hijos, dos gemelos y que, sin embargo, se parecían en muy poco. El uno era rubio, afable y risueño; el otro era moreno, seco, despegado y aficionado a entregarse a la melancolía. Juntos crecieron y la misma educación se les dio y, sin embargo, Adolfo, el joven rubio, se sobrepuso a su hermano Conrado. Su inteligencia descollaba y su carácter amable le granjeó el cariño de todos los vasallos. Conrado sintió envidia, sintió roer su corazón un gusanillo que le atormentaba sin cesar. Comprendió que poco a poco se vería solo y que perdería sus derechos al señorío de su padre. La ambición germinó rápidamente y ansiando ser dueño solo de los vastos dominios, dio entrada en su pecho a un pensamiento cruel, a una idea cuyo solo recuerdo estremece el cuerpo: resolvió matar a su hermano. Pero, ¿cómo? ¿Cuándo podría encontrarse solo con él si siempre iba rodeado de chicuelos y lacayos enviados por el padre, que temía un funesto desenlace?

Por desgracia, un día tuvo ocasión. Era un día de abril en que después de un chubasco, apareció el sol esplendente y magnífico. La tierra exhalaba un agradable olor a humedad; los árboles lloraban cristalinas gotas de agua que titilaban temblorosas en las hojas. Todo el ambiente estaba cargado de frescura y de vida. Circuló por el castillo una noticia: una vistosa y uniforme escuadra de veleros atravesaba frente al castillo. Adolfo y Conrado quisieron gozar del espectáculo que se presentaba y subieron a lo alto de la torre del homenaje. Impulsado por el viento, flameaba el pendón de los castellanos, pareciendo cubrir a aquellos dos vástagos de sus señores. Espectáculo hermoso se les ofrecía, cual una banda de albatros o de gaviotas surcaban los veleros impulsados por el viento, cortando con su quilla el plateado mar irisado con las ondas de oro y nácar que producían los rayos del sol sobre las velas, y en lo alto del mástil ondeaba erguido y pujante el escudo de las cuatro barras: la bandera de Cataluña.

Las cubiertas repletas de tripulantes saludaban a los castellanos, que les respondían con sus vítores y aplausos. ¡Qué hermosa era la tarde! ¡Qué interesante el espectáculo! Pero mientras la tarde se deslizaba tranquila y apacible, Conrado maquinaba y preparaba el horrible crimen que realizaría con calculadora frialdad.

Se dio cuenta de que estaban solos, ocasión como aquella quizás no se presentase fácilmente. Nadie podía impedirlo, pero antes de realizar el crimen, se asoma a una almena en compañía de su hermano. El pueblo los vio y con ese secreto instinto de las muchedumbres, gritó a los guardias que subiesen a la torre. Quiso impedir con sus gritos el fratricidio, pero Conrado ya decidido, agarró de una pierna a su hermano y empujándole con el cuerpo, le hizo dar una vuelta de campana y caer sobre las duras losas del patio de armas.

Un grito de horror se levantó entre los siervos que lo contemplaron; yacía el pobre Adolfo con la cabeza abierta y el cuerpo destrozado. Sus ojos vidriosos miraban hacia el castillo, cual si acusase a su hermano. Por la escalera subían gran número de criados; sus gritos de indignación resonaban siniestramente, amenazando de muerte al criminal.

Conrado no dudó, vio el peligro que le amenazaba, comprendió su situación al caer en manos de los criados y habiendo un poderoso esfuerzo, cerró la pesada puerta de la poterna sin comprender que buscaba su ruina, pues los criados al ver cerrada la puerta, corrieron los enormes cerrojos de otra puerta y tapiando con piedras una ventana, lo dejaron sepultado vivo.

Desde aquel día el castillo se vio atacado por la desgracia. Poco después moría el castellano, horrorosos vendavales se desencadenaban sobre el condado; el mar rugía furioso azotando las peladas rocas. El pueblo se amedrentó; nadie se consideraba seguro y allá, en las noches tenebrosas y sombrías, dominando el unísono coro de los huracanes, salían del solitario castillo agudos gritos que, según el cura popular, era el alma en pena de Conrado que, desesperada, rugía de desesperación y de odio.

Y esa es la causa por qué en las noches oscuras, mientras vosotros dormís arrullados por el viento, resuenan en las ventanas esos golpes y esos desesperados silbos del alma condenada de Conrado.

EL RUISEÑOR

Talavera de la Reina, 5.2.1922

I

Alborada serena y tranquila; el sol fulguraba por encima de los montes, alumbrando con sus luminosos rayos los valles y prados vecinos. La ciudad se distinguía vagamente entre la niebla que el sol iba venciendo poco a poco. El bosque alegrado por los cantos de mil variados pajarillos que gorjeaban en las ramas de los árboles, cuyas hojas cargadas de gotas de rocío, parecían hermosas perlas en sus nacaradas conchas, estaba tranquilo. Solo se oía el gorjeo del ruiseñor, el trinar de la alondra, el canto del jilguerillo, el rápido aleteo de las golondrinas que alegremente se perseguían unas a otras, el gri gri de los grillos y el crujir de los insectos entre la verde alfombra de hierba.

Por uno de sus innumerables senderos avanzaba cautelosamente un mozalbete de bellas facciones y simpático mirar. Su esbelta figura se percibía entre los árboles, iluminada por el sol que penetraba entre las compactas hojas de los arbustos. Una mísera gorrilla cubría parte de sus rubios y ensortijados cabellos; la camisa desgarrada por las espinas del camino ocultaba sus blancas carnes; un pantalón sujeto por una cuerda que cruzaba su pecho en bandolera y los pies descalzos llenos de arañazos, producidos por los guijarros de los arroyos, constituían su indumentaria.

Marchaba a recoger sus redes que tenía preparadas horas antes. Mala había sido la mañana, entre sus redes se encontraba solamente un ruiseñor que lanzaba lastimeros quejidos, que al verse entre las manos del muchacho, hacía innumerables esfuerzos para escapar. Pero el chico, sonriendo tristemente al ver la pequeñez de su presa, le sujetaba fuertemente. Un esfuerzo grande para recobrar la libertad perdida, le valió al pájaro el ser atado con un bramante por las patas, a sus quejidos acudieron varios pajarillos, sin duda, su pareja y sus crías, y empezaron a revolotear alrededor del muchacho como si pidiesen la libertad de su amado padre.

¡Pobres pajarillos, privados por la maldad del chicuelo de las caricias y amor paternal! Pero el muchacho, después de preparar nuevamente las redes, desapareció seguido por los quejidos de los pobres pájaros. Sus pisadas se fueron apagando poco a poco y su airosa figura se perdió entre alguno de los infinitos recodos de la selva.

II

Han transcurrido varias horas, el bosque está más silencioso pues faltan las aves que han marchado a buscar su alimento a las eras vecinas y refrescar sus secas fauces en los cristalinos arroyos. Una calma sofocante reinaba en el bosque cuyo reposo solo es interrumpido por las pisadas de algún trabajador, que marcha a reposar y refrescar a la sombra de los corpulentos árboles, o por el zumbido de un moscardón que revolotea entre las hojas.

Volvamos al mismo paraje de la parte anterior. En él todo continúa con la misma calma que el resto del bosque. Las redes tendidas por el chiquillo estaban esta vez más repletas de pájaros de varias clases que, al volver a la frescura del bosque, quemados por los ardorosos rayos del sol, habían caído prisioneros. El muchacho se acercaba con las mismas precauciones que antes y al ver sus redes tan llenas, sus ojos se iluminaron alegremente. Tiró con cuidado de la cuerda y los pájaros al notar el suelo moverse, quisieron volar, pero ya era tarde: estaban prisioneros.

Llenó sus jaulas de pájaros y al pensar marcharse, oyó unos pasos en la espesura. ¿De quién eran? Esa pregunta rehacía el chiquillo. ¿Eran de algún trabajador o algún viajero? En ese caso nada había que temer. Pero, ¿y si eran de algún guarda que cuidaba de la seguridad de los árboles e impedía la caza? Entonces no habría más remedio que esconderse, y por si lo era, ejecutó, cubrió de hierba las jaulas y él se tumbó al lado de unos arbustos que le cubrían casi por completo.

Los pasos se sentían más cerca y doblando un recodo, apareció una zagalilla, fresca, sonrosada, ojos azules y hermosos labios de cereza que dejaban asomar unos dientes marfileños iguales, perfectos y blanquísimos. Llevaba un corpiño blanco y una falda azul que, junto tonel pelo suelto que algunas ráfagas de aire alborotaba, y unos pies pequeñitos y bien formados, contribuían a realzar su figura, que parecía alguna diosa griega de los tiempos antiguos.

Con paso menudito y cantando una de las innumerables coplas que dejan adivinar los pensamientos de la gente sencilla, avanzaba por el paseo. El mozalbete, que asomaba la cabeza entre unas ramas, sonreía alegremente. Salió de su escondite al pasar la zagala, proporcionándola un susto y la saludó con el “Dios te guarde” con que saludaba la gente campesina y religiosa de hace bastantes años.

Ella, repuesta del susto, respondió con una carcajada. Sus ojos se cruzaron con simpatía, diciendo cosas que ellos no sabían explicarse. Conocidos de pequeños, ella de zagala y él pastorcillo que cuidaban ovejas del mismo dueño, sintieron profunda simpatía y al transcurrir los años y salir él del trabajo, notaron entonces una dulce cadena que les unía y no les permitía separarse. Pero no hubo más remedio que romperla. Y ahora al verse nuevamente, sintieron renacer en sus pechos la misma pasión que sintieron años antes. Le regaló los pájaros que él había cazado en todo el día y se sentaron sobre la fresca hierba. De vez en cuando el rubor punteaba en las frescas mejillas de la gentil zagala y él, cortado, la miraba amorosamente.

Se querían. Se amaban mutuamente, pero con verdadero amor, sereno y tranquilo. La zagalilla, teniendo entre sus manos los pajarillos, los acariciaba y besaba; pero al notar que sus caricias no los apaciguaban y sintiendo el mismo

deseo que ellos, que suspiraban por su libertad, abrió las jaulas y los prisioneros pajarillos batiendo sus alas alegremente, volaron a gozar de la libertad entre las verdes ramas de la espesura. Solo el ruiseñor primeramente cazado y sujeto por el bramante, quería unirse a sus amados hijuelos, pero cada vez que intentaba huir, caía a tierra sujeto por la tirante cuerda.

Él la dejaba hacer, pues enamorado como estaba, no podía menos de ceder a todos los gustos de su amada y seguían sentados, contando lo que les había sucedido en los años de ausencia. Mientras, el ruiseñor hacía esfuerzos para escapar, sus hijuelos suspiraban por su padre y los pájaros libertados entonaban un himno al Creador.

III

La tarde va cayendo lentamente. El sol recostado sobre nubes de púrpura y de oro, como un rajá en su alfombra de brillantes colores, lanza a la tierra desde el horizonte sus últimos rayos, que bañan en tintes suaves las altas copas de los robustos árboles.

Las brisas de la tarde, impregnadas de aromas, juegan con los cálices de las flores que se abren a sus besos; y al alegre murmullo de las cristalinas aguas del arroyo se unen las harpadas y suaves notas de los pájaros que, ocultos en el espeso ramaje, despiden el día con un dulcísimo y triste adiós. El sol se hunde en el horizonte y la luz comienza a palidecer. Los zagalillos siguen hablando cada vez más enamorados; las rosadas mejillas de la zagala no se tiñen por el rubor. Mientras tanto el bosque va ensombreciéndose, ya el alegre trinar de los pájaros no se oye, pues han ido a dormir a sus respectivos nidos. Solo los huérfanos pajarillos lanzan tristes quejidos, queriendo librar a su padre, el cual al ver cerca de sus seres amados, hacía múltiples esfuerzos para escapar.

Los zagalillos se levantaron al hacer la noche, y ella siempre generosa, viendo la tristeza del ruiseñor al ser separado de los suyos y comprendiendo lo que la pasaría a ella al separarse de su amado, le dio suelta al pajarillo que fue a unirse alegremente con los suyos.

Y mientras la pareja enamorada desaparecía entre el verde ramaje y la oscuridad, los pajarillos, unidos sus picos y volando al compás de su canto, entonaban un himno al Amor.

HISTORIA DE UNA GOTA DE AGUA

(Sin fecha)

Paseaba por el campo una mañana de abril, una mañana que el sol se complacía en dorarla con más hermosura que de costumbre. Ante mi vista se extendían unos campos donde el trigo ya crecido, se inclinaba ante el beso suave del céfiro. Cerca una hermosa huerta mostraba la belleza de sus incomparables cuadros de verdura. En medio de los cuadros, levantando sus ramas al cielo, se alzaban corpulentos perales o cerezos cuyos frutos asomaban entre el verde follaje de las hojas.

Unos terrenos de habas embalsamaban el ambiente con la pureza de sus flores y la frescura de su empapada tierra. Algo más lejos, a la sombra de un nogal y recibiendo los besos del nascente astro, realizaba un palomar. ¡Qué hermosa melodía! Arrullos de palomas, batir de alas, chillidos de pichones que en su nido pedían la comida a sus padres, que volaban por el campo en busca de semillas. ¡Qué bien volaban! ¡Qué elegantes vueltas, qué raudos giros! Tan pronto se perdían en la inmensidad de la altura, como aparecían rápidas batiendo sus níveas alas.

Paseaba por el campo abstraído por el magnífico paisaje y lo agradable de la temperatura, cuando hirió a mi olfato un pronunciado olor a violeta. Miré, mas ni una se veía. Virtuosas y modestas se ocultaban entre la hierba, pero su agradable olor las delataba. Eso me pasó a mí, instigado por el fino perfume que despedían, me incliné para recoger algunas. ¡Con qué delicia hundía mi mano el húmedo césped! ¡Qué sensación tan agradable sentía al mojarse mis manos el rocío matinal!

Al fin encontré una flor, se ocultaba entre un manojo de verdes hojas y al verla, me sentí sin fuerzas para cortarla. Era grande, no recuerdo haber visto otra tan hermosa. Entre sus hojas, semejando un estuche de terciopelo, se encontraba una gota de rocío cristalina, transparente. Absorto me quedé contemplando semejante maravilla y hubiese estado así mucho tiempo, si no hubiera oído el rumor de unas palabras.

Presté atención y pude oír esto: “¡Qué feliz soy!” Intrigado por estas palabras, busqué por los alrededores, pero no encontré a nadie y volví al lado de la hermosa violeta. El rumor de la conversación continuaba y aún a riesgo de coger algún reuma, me tendía sobre el césped prestando atención. La charla siguió hiriendo mi oído y logré percibir lo siguiente...

“Era en un río, sus tranquilas aguas al resbalar por el mullido cauce de arena, seguían su curso retratando en sus cristales las florecillas que festoneaban la ribera. Nosotras nos deslizábamos pausadamente contemplando el panorama que se nos ofrecía. Grandes prados de hierba se extendían desde las orillas del río, en los cuales triscaban ternerrillos que buscaban el dulce néctar de las repletas ubres de las vacas que, bondadosamente, los miraban, moviendo con cierto ritmo sus sonoras y melancólicas esquilas.

Seguíamos nuestra marcha. Un corte en el río nos dividía en dos porciones. Yo, que siempre he sido una aventurera, sentí un ansia irresistible de marchar por aquel lado. Mis compañeras quisieron disuadirme de aquella locura, queriendo que continuase nuestro pacífico curso. Pero no me convencieron.

Me despedí de ellas y me dejé llevar de la nueva corriente. La velocidad era mayor. Nos internábamos en tierra con loca irreflexión, pero no podíamos detenernos. Impelidas por la corriente, volábamos por el pedregoso cauce hasta llegar a una especie de pilón que iba acogiendo a las aguas que llegaban. Unos agujeros abiertos en la pared nos daban libre curso, tan solo uno me atrajo. Era pequeño, estrecho, parecía un ojo que me miraba y me atraía. Yo me dejaba arrastrar hacia el pequeño tubo y llegué hasta él.

Las apreturas eran enormes, otras muchas fascinadas como yo, querían entrar. Al fin pude colocarme frente a él; vi una oscuridad grande y asustada, quise retroceder, pero no pude. La loca impaciencia de las otras gotas de agua me perdieron y a pesar de todos mis esfuerzos, me vi en el negro tubo arrastrada por rápida corriente.

No sé el tiempo que pasó. Solo recuerdo que sufría muchas angustias al encontrarme en aquel estrecho cauce, apretada entre otras muchas y arrastradas a increíble velocidad. Al fin, logré percibir alguna ligera claridad; la marcha era mayor, de pronto como se pasa de la noche al día, me sentí elevada pro los aires. Me vi por encima de todas las demás gotas de agua y cuando, orgullosa, dirigía una mirada despreciativa a mi alrededor, me sentí arrastrada al fondo y fui a caer en una blanca concha de mármol, produciendo leve ruido y rumores cadenciosos.

Un grito de admiración dejé escapar. Los lugares que me rodeaban no podían ser más hermosos. Me encontraba en un jardín, bellísimos cuadros cuajados de perfumadas flores se ofrecían a mi vista. En ellos alternaban las azucenas, extendiendo sus blancos pétalos salpicados de amarillo, con los pensamientos de los más variados colores. Moradas violetas unían su embriagador aroma con el perfume de oloroso nardo; grandes magnolios proyectaban sombras sobre las plantas, dejando entrever sus inmaculadas flores cuyo aroma lo esparcía el viento por el jardín, embalsamando el ambiente; rojas claveleras crecían alrededor de espinosos rosales, en cuyos cálices libaba una trabajadora abeja.

Otras fuentes esparcidas entre los cuadros, elevaban su columna de agua, que después esparcían de mil caprichosas maneras en forma de tenuísimas gotas de agua sobre las encantadoras orquídeas.

La fuente en que yo me encontraba era grande, blanca, inmaculada, cubierta de cristalina agua que el sol irisaba, tiñéndolos de variados colores y en cuyo seño burbujaban dorados pececillos.

No sé el tiempo que estuve en aquella clara fuente. Yo no dejaba de admirar los maravillosos alrededores de mi cristalina prisión, pero dado mi carácter aventurero, aquella tranquila existencia empezaba a cansarme. Se me hacía insoportable la vida oyendo el continuo murmurar del agua sobre la nacarada concha y el susurrar del viento en las verdes hojas de los árboles.

Era en un mediodía, el sol vertía torrentes de fuego sobre el encantador jardín. Las flores agostadas por aquel extraño calor, se inclinaban mustias sobre sus tallos. Entonces, aprovechando el calor, dejé mi forma de agua y con el aspecto de vapor, ascendí a través de las candentes capas atmosféricas y logré fijarme en el extremo de una pequeña nube que surcaba el transparente cielo.

La noche iba extendiendo su negro manto por la encendida campiña. Empezaron a aparecer algunas estrellas que desaparecían ocultas por los postreros rayos del crepúsculo. La noche había avanzado, la luna enviaba su pálida luz a la tierra; el firmamento conservaba su manto de seda salpicado de motitas plateadas.

De vez en cuando alguna estrella atravesaba fugaz el firmamento, dejando tras de sí una ráfaga de fuego y luz. El río cual inmensa cinta plateada serpenteaba entre sus riberas, cubiertas de hierba y flores; el murmullo del agua al deslizarse por su cauce se extendía por la campiña, acompañado del sonar de las esquilas de las vacas que, somnolientas rumiaban su comida.

El día se acercaba. Una débil claridad despuntaba por oriente iluminando las crestas de los elevados montes. Otras nubes aparecían por el horizonte, acercándose a nuestra nube. Por fin el sol atravesó las montañas que cerraban el camino a sus rayos e iluminó el aire, cual inmenso proyector eléctrico.

El sol iluminaba las nubes, tiñéndolas de diferentes matices; una nube se cubría con un celaje amarillo; otra con un color sonrosado; ésta reunía los dos colores y por último la nube donde yo me encontraba, conservaba su hermoso color blanco, cual un jirón de gasa en un espléndido manto azul. El viento se agitaba en nuestras elevadas regiones y nos impelía suavemente mostrándonos la belleza incomparable del paisaje. Ya era un bosque con sus elevados álamos subiendo sus copas en dirección del infinito azul. Ya era un campo donde varias parejas de bueyes abrían los surcos donde más tarde se sembraría el maíz; ya era un torrente que se precipitaba entre peñas, elevando ensordecedor ruido y mojando a la tierra con sus innumerables gotitas de agua.

A nuestra vista no se ocultaba el serpenteante tren, ni el devorador milano, ni la humilde y pintoresca fuentecilla donde la cantora alondra mojaba su piquito para llevarlo lleno de agua al nido de sus dulces pequeñuelos. Nada se escondía a nuestra vista. Al fin de tantos sudores y angustias, veía realizados mis sueños de elevarme por encima de las cumbres de los elevados montes. Mas ¡ay!, qué poco debía durar mi felicidad.

El viento, empujándonos suavemente, fue amontonando nubes, oscureciendo al sol. Miré a la tierra, no me parecía tan alegre y hermosa como

en la mañana. Las sombras se extendían, la noche se acercaba. Salieron las estrellas, brillaron los luceros y en fin, la tierra toda se pareció alegrar. Más triste es el destino de la felicidad humana, pues tan hermoso cielo se había vuelto a nublar.

Pasó la noche, el día se acercaba. Circularon las órdenes de bajar a tierra y poco a poco, nos posamos oscureciendo el ambiente. Extendíamos la fertilidad a nuestro paso y yo, un tanto aburrida de estar en la nube, recobré mi forma de gota de agua y caí sobre la tierra depositada en esta flor. Era una violeta. Su embriagador perfume me trastornó y en lugar de resbalar por sus aterciopelados pétalos, me establecí en su corola.

Me sentí feliz en un momento y creí encontrar mi paraíso, pero me siento morir. Veo que mis fuerzas se agotan y presiento que la tierra me atrae. Adiós. Mi vida se acaba y vuelvo a la tierra de donde nací; puede ser que vuelva a un estrecho cauce pero ya no te veré. Adiós”.

El rumor de las palabras se apagaba. Entonces miré a la violeta, la hermosa perla de rocío que embellecía la flor, colgaba de una hoja, iba a caerse. Para impedirlo, extendí mi mano hasta tocar la gota de rocío, pero ¡desgraciado!, en lugar de salvarla fui su ruina. Resbaló por mi piel y cayó al suelo. Miré y no la vi. Se había filtrado.

Manuel Martín

Talavera de la Reina, marzo de 1923

LA DESGRACIA DE ESTRELLA

(Sin fecha)

Regresaba la bruja a su casa. Por donde pasaba iba acompañada de las furibundas miradas y cuchicheos de sus convecinos que, dejándola paso, apresuradamente volvían sus ojos a otra parte porque la bruja, como todas las de su calaña, tenía su historia.

De joven había sido una mujer hermosísima; a su escultural cuerpo unía un carácter y un trato que la hacía ser estimada por todos. Cual mariposas que rodean la brillante luz de una antorcha, igual los mozos del pueblo rondaban a la gentil Estrella. Se disputaban su amor encarnizadamente, sus rejas y balcones habían sido testigos más de una vez, de las peleas que se entablaban debajo de ellos.

Venían dos grupos: de uno de ellos salió cual trompeta de pregón, un sentimental cantar que pintaba el amor de un admirador de Estrella. No se habían disipado los últimos sonos del cantar, cuando del otro grupo surgía desafiante otra voz de barítono que, subiendo lentamente, iba a morir en los gorjeos de una seguidilla.

Surgían los cantares cual lluvia de flechas que intentase penetrar en el corazón de la bella. Cada individuo hacía modulaciones extrañas con su voz, queriendo sobresalir sobre los demás. A cada canto le acompañaban los “olés” y “bravos” de los de su grupo, pero a veces terminaban las rondas a estacazos. Una mirada, un gesto, una indirecta era lo bastante para que la lucha se entablase con ardor; silbaban piedras de esquina a esquina haciendo brotar chispas al rebotar en los guijarros del arroyo. Las voces de los combatientes animándose unos a otros, se unía a los gritos de dolor que exhalaba algún desgraciado herido en la pelea.

La lucha duraba hasta que un grupo, considerándose vencido, huía entre las tinieblas de la noche acompañado por los gritos de victoria en que prorrumpía el grupo vencedor. Varios jóvenes había inútiles de resulta de tan porfiadas batallas.

La pobre Estrella iba creándose en el pueblo un ambiente de hostilidad, que le hacía objeto de burlas y desprecios. Un día corrió por el pueblo una noticia: la Estrella tenía novio. A las pocas horas de saberse la noticia, el rival afortunado era asediado por las viejas comadres del pueblo.

¡La de preguntas que le hicieron! Querían saber todos los detalles del acontecimiento. Le examinaron y le interrogaron con más cuidado que si fuese un reo destinado a la última pena. No sé qué contestaciones daría el joven, y cómo se libraría de las sanguijuelas que cayeron sobre él. Solo sé que a las pocas horas del interrogatorio, se decía en el pueblo que el mozo había encontrado en el monte a Estrella y la había obligado a tener relaciones con él.

Así es el mundo. La envidia tejió alrededor de Estrella una leyenda deshonrosa y baja. La murmuración y calumnia tomó en sus garras el honor de la joven y pisoteó, hecho añicos, un nombre puro y sin tacha. Ya no volvió más al baile la desgraciada Estrella; su presencia ocasionaba el vacío más completo en los lugares donde penetraba; las miradas le dirigían insultos, mientras sus lenguas viperinas se movían en voz baja, arrojando leña en el fuego de la deshonra.

Estrella vióse sola, se encontró sin más compañía que el hombre a quien amaba y a quien estaba unida por la calumnia que desfloró su juventud. Sintió que un odio salvaje nacía en su pecho hacia el pueblo que la vio nacer, y que la hundía en el fango asqueroso de la deshonra.

Y resolvió vivir lejos de aquel pueblo que la arrojaba de su seno y la igualaba a una indecente mujer, ¡y a quien calumniaban! Quizás a la mujer más honrada del lugar, a la mujer que, sintiendo llamar a las puertas de su pecho al amor en varias formas, tuvo el singular heroísmo de despreciar a aquellos amores pasionales, a aquella que de un sopapo suyo a tener a raya a un exaltado mozo. Por eso la calumniaban, por eso llevaban su limpio nombre arrastrándole por el suelo, por eso la envidia se cebó tan cruelmente en ella, robándole lo que una mujer estima más que su vida: la honra.

LEYENDA DE LA VIOLETA

(Sin fecha)

¡Pobre princesita! reclinada en un rico diván parecía entregada a sus pensamientos, mientras sus marfileños dedos jugueteaban con un collar de perlas que adornaba su alabastrina garganta; rodeada de flores y oyendo murmurar el agua en una fuente cercana, pensaba en la varonil figura del mandarín que logró interesar su corazón.

El amante había partido para reprimir una sublevación en un rincón del Imperio y ella gozosa aguardaba su vuelta victoriosa para ofrendarle su amor y su virtud. Aún su frágil cuerpecito estremeciáse gozoso al recordar el dulce beso que estampó en sus labios al partir en busca de la gloria.

Fue en el mismo lugar donde estaba la princesita. Un pequeño cenador rodeado de ricas esterillas tejidas en la imperial Pekín, un velador cuajado de flores embriagaba con su fragancia el aire impregnado de auras frescas. Dos divanes de seda pálida ofrecían el descanso en aquel poético paraje; alrededor se extendían los inmensos jardines cuajados de las flores más raras y exóticas; diversas clases de rosas salpicaban los cuadros alternando con vistosos tulipanes, aterciopelados pensamientos, claveleras, caprichosas orquídeas unían su perfume a la fragancia de las humildes violetas de oscuro ropaje. El verde de la menta contrastaba con el pálido color de la rosa del té, cuyo delicado perfume revolotea por el aire embalsamando el ambiente; diamantinas camelias competían en belleza con el botón de oro, cuyos pétalos semejaban raso a los cálidos rayos del sol. Todo era belleza, todo armonía.

Multicolores sábanas de flores se perdían a lo lejos, rompiendo la uniformidad de su extensión blancas fuentes o verdes cenadores resaltaban los colores unos de otros; entremezclados aparecían una tupida alfombra ceñida del verde evónimo. Ninguno predominaba, el blanco, el azul, el rosa, el gris, el verde, el oro, el plata, el morado, el rojo, el amarillo, el pálido, el carmín, el naranja, el negro, etc. todos concurrían en aquel inmenso concurso de belleza, de color.

Cual inmenso pulpo de gigantescos tentáculos se alzaba una plaza que extendía sus brazos de arena perdiéndose entre las revueltas de los macizos de acacia y magnolias, caprichosas fuentes enviaban el agua de mil diversas maneras, murmurando en las conchas de frescas y cristalinas ondas surcadas por el bajel magnífico de pececillos dorados.

La princesita amorosa aguardaba de pie la llegada del mandarín, cuya erguida figura se dibujaba en medio de la blancura del paseo. Fue un tierno idilio, a la sombra callada de las esterillas se contaron sus amores; mil palabras se cruzaron llevando la alegría a los dos suspirantes corazones. Un dulce charloteo cual divino arrullo de palomas se mezclaba con el rizo suave de la brisa en las hojas de los árboles del té; suspiros entrecortados y en medio del silencio de la tarde sonó la dulcísima música de un beso. Rompió a cantar un ruiseñor en la rama de magnolio, sus dulces trinos uniéndose a la inefable música del amor, formaban el conjunto más sublime que imaginación humana pudiera crear.

Las arpadas notas del divino cantor se desgranaban pausadamente. Fue un dulce trino primero, luego un raudal de notas que salían atropelladamente de su inspirada garganta; cual incansable música parlante seguía vertiendo gorjeos sin interrupción. El sonido de una trompa rompió el silencio de aquella mágica tarde; una cortina se levantó y apareció el mandarín sonriente y encendida la mirada. Le seguía la princesita pálida y temblorosa, animado por una idea, inclinóse el mandarín y cogiendo un cestito de violetas, lo puso en manos de su amante diciéndola: “He aquí mi postrer despedida, si durante mi ausencia se secan las flores, llora por mí pues habré muerto. No te olvides de mí y reza por mi suerte”.

La princesita pálida, dejando titilar en sus bellos ojos un lágrima que corrió por sus suavísimas mejillas, le respondió: “No temas, por ti rezaré y si este manojito de violetas se secan anunciándome tu muerte, yo te seguiré pues soy tuya, si no en la tierra en el delicioso paraíso de Buda”. Y le tendió su mano. Delicadamente cogió el mandarín la bella mano y posando en sus ojos la más ardiente mirada de despedida, curvó su elegante talle y depositó en los rosados dedos un cálido beso que estremeció a la princesa; y altivo, sereno se perdió en una revuelta de la multicolor campiña.

Ya no cantaba el ruiseñor, ya no elevaba sus arpados trinos cantando la felicidad, espantado por el vibrar de la trompa voló a esconder su oscuro plumaje en otro verde árbol. La princesita tampoco cantaba, débil flor, sensitiva, delicada, replegóse al soplo de la contrariedad e inclinó la cabeza. Ya no volvió más el carmín a sonrosar sus pálidas mejillas, ya no volvió a sonreír chispeantes los ojos, solo pudo recordar al amante alejado y besar las violetas que la dejara como postrera despedida.

Pasaron varios días, consecuente amante concurría la princesita al verde cenador donde quedaban sus esperanzas. En medio del cenador se encontraba un cestito de violetas de exquisita fragancia, reclinada en un diván contemplaba tristemente las violetas que la indicaban la vida del amante. Con qué angustia corría por las mañanas para contemplar las flores, qué de ideas funestas cruzaban su mente durante el trayecto por el jardín.

Temblorosa penetraba en el recinto y ansiosa miraba el cestito que, como siempre, la ofrendaba la galanura y frescor de sus pétalos de terciopelo. Cómo respiraba tranquila, cómo gozosa entonaba un himno de gracias al Creador; su imaginación volaba y siempre recordaba la varonil figura del mandarín que no dejaba de pensar en ella.

Todo parecía alegrarse al contacto del júbilo de la princesa; las flores abrían sus pétalos pintados con los más brillantes colores, el sol rielaba en las claras aguas de los estanques donde burbujeantes jugaban los pececillos. Tumultuosa y murmurante corría el agua por las regueras, impregnando el ambiente de frescura, nuevamente volvía el ruiseñor a trinar en las ramas del magnolio, uniendo su canto a otras aves exóticas que lucían su plumaje esplendoroso y bello; los orgullosos pavos reales abrían su abanico deshaciéndose la luz en alegres aguas de oro y nácar.

La princesita recobraba su tranquilidad, soñaba con el amante que lejos de ella exponía su vida y suspiraba amorosamente mientras su pecho oscilaba levemente, cual las ondas tranquilas de un lago de plata rizada la superficie por tenue brisa aromada de rosa y jazmín.

Pasaban los días, las noticias de la sublevación no podían ser mejores; los rebeldes batidos en todos los puntos, se replegaban a un reducto donde opondrían la más formidable resistencia. El ejército imperial avanzaba y con sin igual brío se apoderó del reducto; horrorosa fue la catástrofe, los cadáveres cubrían una gran extensión, enormes bandas de cuervos se cernían sobre aquel sardanapalesco festín que la ambición de los hombres les ofrecía. El número de muertos fue incalculable y no se pudo saber al pronto la calidad de los muertos. El mandarín había desaparecido, se le vio cargar al punto más resistente y desapareció entre los pies de los combatientes.

¡Pobre mandarín! ¡Pobre princesita! Llegó a la corte la noticia de la victoria y mil gritos de alegría se alzaron sin pensar en las víctimas de la campaña. La princesita, temblorosa, corrió al cenador encerrando en su pecho las más lúgubres intenciones; dirigió una mirada al velador y tuvo que hacer un esfuerzo para no caer. Las violetas mustias y secas inclinaban su corola sobre sus amarillos tallos, ¡el mandarín había muerto! El amante cumplía su promesa.

Con el corazón destrozado por el dolor, la débil princesita se inclinó sobre el cestito de flores y anegada por el llanto, cubrió de besos y regó de

lágrimas aquellas hojas que la representaban su felicidad perdida. Largo rato lloró amargamente la ilusión fugaz y ved el milagro: regado por las lágrimas ardientes, el cestito volvió a florecer. Nuevamente cubrió de morado sus mustias hojas, un perfume especial invadió los ámbitos del paraje y en el centro de la corola, semejando una perla de rocío, titilaba una lágrima transparente y clara como el agua de la fuente.

La lágrima se evaporó y quedó una mancha blanca que perduró por mucho tiempo. Hoy en la China es muy apreciada esta flor que recuerda la tragedia de la princesa y el mandarín.

La princesa no se dio cuenta del milagro y arrebatada por el dolor, murmuró: “tuya o de la muerte”, sacó de un rincón un canuto de caña, le movió un poco y resonó un ruido seco que estremeció su débil cuerpecito. Tendióse en el diván y abriendo su pecho, descubrió sus senos olorosos y blancos como dos magnolias, y destapando un extremo del canuto, lo depositó sobre el pecho. Una pequeña víbora asomó su cabeza, desenvolvió sus sedosos anillos y quedó inmóvil; había hecho presa en la carne inoculando el veneno. La princesa reposaba en su diván de rosa pálido como su rostro, sus dedos entretejidos en el negro cabello tenían la rigidez del mármol y la blancura del marfil; sus ojos parecían engarzados en la blancura mate de su cara, abrió los labios y murmuró quedamente: “Soy tuya o de la muerte”.

La princesita cumplía su palabra, había muerto.

Manuel Martín

Talavera de la Reina, agosto de 1923

MES DE JULIO

18.7.1925

Mes de julio. Dos de la tarde. El sol abrasador que se desploma sobre el campo haciendo palpar las entrañas de la tierra; pegajosa galbana que inmoviliza el cuerpo entregándole al sueño. Todo es modorra y pereza; el más leve soplo del aire no mueve una paja de la era. Canta la chicharra monótona y estridente zumba el moscardón pegajoso y sucio. Los montones de paja despiden fuego ante el insistente beso del sol; los trilladores no cantan alegremente mientras chasquean el látigo haciendo trotar a las mulas.

Ahora el trillo se desliza lento, perezoso; el trillador dormita con el látigo caído mientras procura resguardarse del sol con el ancho sobrerote de paja. Las

mulas mordisquean las pajuelas que alcanzan del suelo, interrumpiendo su marcha, mientras ahuyentan las moscas con la cola. Quietud, tranquilidad, silencio de muerte.

El campo se pierde a lo lejos uniforme y pardo, altos carretones cargados de mies destacan del horizonte y la tierra duerme bajo aquel manto de fuego y los cielos amplios e inmensos blanquean como lava recién expedida del volcán, invadidos de infinitos rayos de luz. No se alcanza la línea de unión de tierra y cielo, lentas y pesadas se deslizan las horas enervantes de la siesta.

Al lado de las eras, a la sombra de un añoso roble, levanta sus sabias paredes el chozo de los trilladores. Ronean éstos rendidos por el trabajo y su respiración se une al zumbido de las moscas y al murmullo de las inseguras pajas de los haces de mies. Sus morenos rostros desaparecen ante las alas del pavero con que se defienden de las moscas.

Sin embargo, hay uno que vela. Es un mozalbete de unos dieciocho años, alto, fuerte, curtido el rostro, hecho a todas las inclemencias del tiempo. Por él han pasado los restallantes aguaceros y vientos de enero y el sol abrumador de agosto; sus pies se han hundido en las frías rociadas de marzo y en las abrasadoras parvas. Todo es vigor y músculo, todo es bronce.

El mozo está sediento, acaba de desenganchar el trillo y ha corrido a refugiarse a la sombra amparadora del chozo. El calor le ahoga, en su negra piel brilla el sudor que se derrama ondulante por la cara y pecho. En sus fuertes brazos resaltan azuladas las venas hinchadas por el calor y el trajín del trabajo. Se ha quitado el sombrero y con su ancho pañuelo se enjuga la frente que arde. Rápido, diestro, acostumbrado ya a la faena, el mozuelo vierte sobre el cazuelo de madera parte del contenido de dos cuernos que cuelgan del chozo. Saca del pozo un cubo de agua fresca y poco a poco, deja caer el agua en la cazuela; el gazpacho está preparado. Con qué fruición ve deslizarse en el refrescante líquido los ajos del aceite. Lentamente, recreándose en la ocupación, el muchachuelo fue cubriendo de pedacitos de pan la superficie de la cazuela hasta los mismos bordes; los esponjó con la cuchara, tornó a hundirlo en aquel mar de gazpacho y la cuchara desapareció entre sus secos labios. Con qué delicia chasqueó la lengua al sentir el alivio de la sed.

Pero ésta no estaba satisfecha. Ansiaba más y allí tenía el remedio a sus deseos. Llenó la cuchara otra vez y disponíase a llevarla a la boca, cuando un huésped penetró en la choza. Era un anciano, de andrajos cubría su cuerpo mostrando sus carnes maltratadas por el calor. Su cana cabeza no llevaba más resguardo que una raída boinilla deslucida por el mucho tiempo de uso; debía sufrir mucho, sus labios resecos y blancuzcos se movían intermitentes, impulsados por la sed, sus ojos hundidos y rodeados de un círculo violáceo posaban una mirada sin brillo en el gazpacho del mozuelo. Sobre sus hombros llevaba un mugriento saco lleno de mendrugos de pan negro

y duro como piedras; su cuerpo todo estremecíase bajo los duros aguijonazos de las moscas. Débilmente balbució: “Por caridad, dadme un poco de agua. Vengo rendido y no encuentro un sitio donde reposar un momento”. El muchacho lo miró tristemente, le vio débil, solo, abandonado y sintió compasión de él. Sintió que una cosa muy honda le salía de muy hondo y subía hasta interponerse en la garganta.

Sintió sus ojos preñarse de lágrimas ante aquel triste despojo humano y dejando caer la cuchara que ya llevaba a la boca, respondió: “Pasad adelante, tomad este gazpacho y luego dormiréis tranquilo”.

El anciano se precipitó sobre la cazuela, hundió sus secas fauces en el apetitoso líquido hasta sentirse satisfecho. El mozalbete le miraba fijo, muy fijo y el anciano, satisfecha por el pronto la sed, se acordó del mozuelo. “Y tú, ¿no lo comes?” Purgadota la sed agujaba al muchacho, recordaba con envidia la primera cucharada del fresco caldo. Sintió resbalar por sus sienes abrasadoras gotas de sudor; sintió deseos grandes de satisfacer la sed, pero vio al anciano, le vio recreándose al sentir en su reseca boca el refrescante jugo. Contéplale débil, ¿quién sabe cuándo comería otro gazpacho tan bien preparado como aquel? Y acallando sus egoístas deseos, le contestó: “No, ya lo he comido”. Bendita mentira que permitió que el anciano terminase el gazpacho mientras el mozuelo castellano, recio, varonil, hidalgo como todos los hijos de Castilla, se limpiaba el sudor con su ancho pañuelo y mojaba sus sedientos labios en el baldaño de agua templada y sucia.

SIN TÍTULO

Talavera, 1924

Alfonso Pais

Llueve. María Luz, sentada junto al balcón, mira a las gotas de agua que silenciosas se deslizan por el cristal. La lluvia pausada envuelve el ambiente de misterioso rumor que enerva el alma y predispone a la melancolía, cual un velo cristalino que cubriese la ciudad. Cae el agua, que tiene celajes de nácar al recibir la mortecina luz de los faroles eléctricos.

María Luz sueña... Sus ojos perdidos vagamente en el vacío, profundizan en las entrañas de su alma. Sentada junto al brasero, recibiendo de cara la luz que irradia una lamparilla que chisporrotea alegremente, recuerda la figura de un hombre. Cree conocerle y no le ha visto; es una imagen que fija en su mente, la acompaña en momentos de soberana soledad. Cuantos más esfuerzos hace

por retenerla en su imaginación, la imagen se esfuma, se pierde en el vacío, dejando una estela de amor y de recuerdo.

María Luz ha soñado con él, es el hombre con quien ella uniría su existencia. No le conoce y sin embargo, si apareciera encarnado en la figura de hombre, no vacilaría en seguirle enamorada, le ofrendaría su amor y su virtud. La imagen va tomando forma; el monótono ruido de la lluvia la semeja el dulce charloteo de pasión que en sus oídos vertiese el amado en gratos momentos de voluptuosidad.

María Luz cierra los ojos, sus labios se entreabren, una leve corriente de aire que riza su frente, la figura (la hace creer –anotado en el borrador) el cálido aliento de su amor. Cree que él viene, que se acerca poco a poco, que la estrecha las manos y uniendo sus labios, deposita un ósculo de pasión que estremece a María Luz.

Está despierta, se frota los ojos cual si no quisiera creer en la realidad, contempla la calle empapada, sucia y recuerda el paraíso a que se sintió elevada. Del sueño la saca su hermana que se acerca a su lado. Es alta, espigada, morena y ojos negros. Al verla exclama: “María Luz, ¿vienes a bailar?”. Tras breve vacilación, ésta responde: “Vamos” (responde ésta –anotado así en el borrador). Su sueño se ha disipado.

Se oye ruido de música; el piano, tocado hábilmente, ejecuta un tango. Su música lánguida y suave atrae a María Luz, la imagen del amado se pierde por completo; ve a sus amigas y sonriente se entrega a las voluptuosas cadencias del tango que la adormece y arrulla.

SUSPIROS

(Sin fecha)

¡Noche de agosto! noche serena ñeque el alma desprendiéndose del cuerpo, surca las etéreas regiones de la fantasía. Noche que encierras en tu seno todas las bellezas de la tranquilidad estival; manto protector que cubres la tierra rodeándola de celajes y misterios. El río arrastrándose sobre las finas arenas semeja un espejo do se reflejan las rutilantes estrellas que surcan la inmensidad del espacio.

Las enramadas semejan oscuras cuevas en las que se filtra un rayo de luna, formando arabescos dibujos sobre la tupida manta de césped que cubre el suelo, donde bullen insectos levantando un rumor que se extiende por la lejana campiña.

Tienen estas noches de verano una tranquilidad y poesía que extasía el alma. Es una calma que invade el cuerpo, predisponiendo a la melancolía; ruidos misteriosos resuenan a lo lejos; agradable olor a heno; suave brisa aromada por las flores; cadencias campesinas llenas de varonil eco que convidan al sueño y a la voluptuosidad, constituyen las características de esas noches de agosto.

Era una de esas noches serenas y suaves. Un joven sentado en el balcón de su casa, con la mirada fija en el firmamento; añoraba horas de placer tranquilo. Era un joven alto, delgado, moreno, con ojos negros de mirar afable y sereno; parecía abstraído por una idea que, fija en su mente, le atormentase sin cesar. Acercábame a él suavemente, pensaba sorprenderle en su éxtasis melancólico cuando detuvieron mis pasos unas notas que preludiaban una canción algo extraña. Era una canción morisca que llevaba en sus notas todo el sensualismo y melancolía característicos de los fanáticos hijos de Mahoma.

Resonaban las notas de un violín y un piano; la canción era sencilla. Un amante jura a su odalisca eterno amor y arrebatado por la pasión eleva un canto a su bella, que desdeñosa no repara en su entusiasmo y solo presta atención a sus palabras.

Tocado magistralmente, el violín gemía bajo el seguro arco. Primero fueron unas notas suaves, tiernas; el amante pintaba su pasión. Las notas fueron creciendo; el amor se exaltaba, raudales de gemidos se escapaban del violín. Eran notas arrancadas al entusiasmo y que fluctuaban en la atmósfera, llenándola de extrañas cadencias.

El artista sentía, con segura mano arrancaba al instrumento las notas que, vibrantes, señalaban el ardiente amor del árabe y suavemente, como se pasa de la noche al día, la canción fue bajando de tono. Lentamente se perdían las notas, los gemidos cesaban y el violín dejó escapar un sonido, una nota que resonó en mi alma como un ay, como un suspiro del amante desdeñado.

Volví la vista a mi amigo, también él había sentido el influjo de la canción. Con la mirada brillante y el oído atento parecía retener los últimos sonos que se perdieron a los lejos y también ensanchó el pecho, miró al cielo y dejó escapar un suspiro. Entonces me acerqué a él, posé una mano sobre su hombro y le dije: “Luis, ¿qué te pasa?” “Nada”. “Me engañas”, le respondí. “Tú tienes un secreto, un pesar que no has confiado a nadie. ¿Por qué no me lo cuentas? Desahógate, abre tu pecho pues tienes un amigo que quiere compartir tus penas y consolarte”.

Mi amigo me miró, abrió sus ojos y fijó en mí su mirada amorosa y dulce; exhaló otro suspiro y comenzó.

“Soy desgraciado, pasaba mi juventud alegremente, sin pensar en el ayer ni en el mañana. La vida se me ofrecía como una cinta de terciopelo donde

resbalaban los mortales; era feliz, rodeado de amigos, pasábamos alegres horas de solaz y de alegría. No conocía las penas, ni sabía lo que era el sufrir; entre los libros y los amigos pasé mi infancia y parte de mi juventud. Un día, un día aciago del que provienen todas mis penas y desgracias, cruzó mi camino una joven con cara de ángel, cuerpo desenvuelto y mirar ardiente.

Desde entonces no sé qué me ha sucedido. Su figura se retrataba en mi mente, sus ardientes ojos me asaetaban continuamente reavivando en mi pecho la llama pasional que ardía con viveza; mi vida ase transformó por completo, todo me aburría, hastiado de jugar solo distraía mis penas la presencia de Elvira, pero al mismo tiempo que me calmaba, al llegar la noche, al perder de vista su imagen esbelta, renacía en mi pecho con nuevos bríos el amor que me inspiraba.

No volví a encontrar placer en los amigos, a pesar de todos mis esfuerzos me aburría; jugaba, charlaba con ellos para aturdirme, mas en un momento de calma, cuando ya había dejado de pensar en mi eterna preocupación, apuntaba en mi mente un pequeño recuerdo que enfriaba mi entusiasmo y distraía mi imaginación.

Pasaron dos meses, ya mi amor no era tan tumultuoso; la amaba todavía, sentía hervir mi sangre al recuerdo de una mirada suya, aún quedaban en mi pecho las cenizas de un amor desgraciado y quise olvidar, quise alejar de mi mente toda idea de amor. Y volví a mis juegos, reanudé con mis amigos mis diversiones pasadas y volví a sentirme joven.

Quise olvidar y deposité mi amistad más profunda en dos amigos. No les oculté mis penas, ni ellos me las ocultaron; quise tener con ellos un cariño de hermano mayor y les confié mis pesares. Ellos me consolaron y poco a poco mis pesares fueron desapareciendo. Pero el primer amor no se olvida, amortiguadas pero aún vivas quedaron en mi alma los restos de mi amor.

Fue un día de julio luminoso cuando recibí la noticia: uno de mis mejores amigos, uno de esos íntimos en los que deposité mi confianza y los secretos de mi corazón, él mismo me lo dijo: amaba a una linda chicuela de ojos negros y melena rizada, amiga de mi querida Elvira. No me asombró la noticia, casi me alegré y sin embargo, cuando él me dijo que era correspondido, sentí en mi pecho una oleada de envidia que inundó mi ser.

No puedes comprender lo que se sufre viendo gozar a otro. Yo desgraciado y él feliz, me sentí arrebatado; otra vez volvió a arder la llama del amor con más fuerza que nunca. Dejé a mis amigos y caí en el más negro pesimismo.

Mas una noche, cuando paseaba recibiendo la suave brisa que ondulando ligeramente besaba mi rostro, reconocí la injusticia de mi envidia. Comprendí que debía verle feliz; gracias a Dios no se dio cuenta de mi brusco cambio y quise hacerle feliz. Puse en juego todos mis afanes, como hermano mayor debía

velar por él y ya tocaba a la terminación, cuando in incidente que yo no recuerdo, impidió su felicidad.

Cayó como yo en una honda melancolía y me contó sus cuitas, acudió a mí como uno pequeño en busca de consuelo y yo olvidándolo todo, ahogando en mi pecho la pasión que sentía por Elvira, le tendí los brazos y le consolé de sus pesares.

Me privé de divertirme por verle feliz y casi lo he conseguido. Mi amigo aguarda, espera mejores momentos de aproximación y mientras tanto se divierte. Yo también olvido, encuentro en mis amigos el cariño que no encontré en otra parte y continúo mi vida triste y silenciosamente. Me has cogido en crisis de melancolía, la música suave y sentimental revivió en mi mente mi amor perdido; ya no aspiro a nada, el horizonte se me presenta medio cerrado yo ansío llegar a la luz, por eso soy desgraciado”.

¡Pobre Luis, reclinado en la silla, con la cabeza entre las manos, lloraba su desgracia! Respeté su silencio, cual en la canción morisca exhaló un suspiro hondo y triste, miró al cielo y recobrando su rostro la dulzura de que estaba impregnado, me abrazó y exclamó: “Quiero olvidar”.

Manuel Martín

Talavera de la Reina, agosto de 1923

UN INMENSO ACTO DE AMOR

Talavera de la Reina, 19.5.1921

Todo era agitación. Se notaba gran movimiento en los muelles del puerto de Barcelona. El chirriar de las grúas que cargaban y descendían grandes paquetes de mercancías, el continuo rodar de las carretillas sobre el suelo, los cantares bravíos y fuertes propios de la gente de mar, el sonar de las sirenas y el ruido acompasado de los remos de alguna barquilla que cruzaba el muelle, transportando mercancías y gentes a los vapores que iban a partir, formaban un conjunto de sonidos que, al despedirse de la madre patria, difícilmente se podía olvidar.

En el reloj de la comandancia del puerto sonaron lentamente las seis, la hora de partir se acercaba. Los pasajeros sobre cubierta mirábamos tristemente la tierra y el puerto, como si aún a través de los edificios pudiésemos contemplar los seres queridos que se quedaban en tierra. Suena el pito del capitán y a este sucede la voz de mando; la orden se obedece, el trepidar de la hélice al chocar sobre el agua se oía claramente desde cubierta. Suave balanceo se notaba en el

buque que, poco a poco, se alejaba de tierra. Algunas lanchas de vapor nos seguían a pocos pasos llenas de conocidos que salían a despedirnos hasta la boca del puerto.

La cruzamos, dirigimos el último adiós a los parientes, miramos vagamente a la ciudad que se escondía entre espesa niebla, algo disipada por las luces que la daban un aspecto fantástico, y huimos a nuestros camarotes a ocultar la pena que nos producía al separarnos de nuestra amada España.

Salí a cubierta, estaba solitaria; golpe de vista tan hermoso rara vez lo contemplaré. El fuerte aire reinante, que hacía agitar mis cabellos como la bandera que permanecía clavada en lo más alto del buque, desafiando a la marea, me devolvió mi tranquilidad.

Me senté sobre un rollo de cuerdas, encendí mi pipa y absorto contemplando las espirales que el humo formaba encima de mi cabeza, me acordé de mi madre que quedaba en España esperando mi feliz regreso. Me retiré a mi camarote decidido a descansar, pero el recuerdo de mi madre postrada en la miseria por la disipación de mi juventud, no me dejó conciliar el sueño.

Levanté la cortina que cubría la ventana y miré; el mar estaba tranquilo y se oía el charloteo de la gente que acudía a respirar la brisa marina. Me vestí rápidamente y salí; la gente hablaba sobre cubierta con esa confianza que se entabla entre los viajeros. Yo me junté con un compañero que se dirigía a Canarias y le conocía desde que nos vimos en el barco.

Empezamos a pasear y cansados nos sentamos. Días antes me había contado su vida y le prometí narrarle la mía. Ya sentados, me recordó la promesa y triste, empecé mi narración.

Nací de familia rica, aunque plebeya, con mal pie entré en el mundo, pues faltó poco para que mi pobre madre sucumbiera. Mis primeros años transcurrieron felices, hijo único y rico tenía todo cuanto deseaba; al menor motivo me enfurecía y rompía todo lo que estaba al alcance de mi mano. Mi padre, conocedor de los perjuicios que podía traerme esta manera de ser, me educaba rigurosamente. En cambio mi madre me mimaba y concedía todos mis gustos y lo que sufría con mi padre, me resarcía en los brazos de mi madre.

Cuán lejos estaba la pobre de pensar el trato con que se lo debía agradecer. Estudié segunda enseñanza y saqué brillantes notas, pero no por afición sino para acabar antes y dejar los libros a los que odiaba. Acabé la carrera y ansioso de placeres, me dediqué a viajar. A cualquier otro joven que hubiese tenido otra manera de ser, le hubiera aprovechado pero yo, dedicado a los placeres y al juego, no me ocupaba de mi familia.

Mi padre murió de pesar al escuchar las hazañas de su hijo. Recibió tan infausta noticia con una carta de mi madre, que me aconsejaba que volviese al hogar y que de no hacerlo, me suprimiría el dinero que mandaba para el viaje. Pero con unas cuantas súplicas que la hice, la acabé por calmar y me dediqué a las diversiones.

Poco a poco fui gastando toda mi fortuna y recibí un día una carta fatal. Era de mi madre, titubeaba al abrirla pues presentía que algo sucedía. En efecto, me decía que había vendido la última finca que quedaba para procurarme dinero para el viaje. No tuve más remedio que volver.

Llegué a mi casa y salió mi madre a recibirme. Al verla no pude menos de retroceder horrorizado; aquella mujer que alta y fuerte llamaba la atención de todos, estaba cambiada: delgada, vieja, el pelo cano, apoyada en un garrote y encorvada por el peso de la desgracia. Me recibió con los brazos abiertos, me arrojé en ellos y permanecimos un buen rato llorando.

Entró en mí el arrepentimiento, aunque tarde, pues con mi pérdida conducta hice descender a mi padre al sepulcro, casi muerta mi madre y disipada toda mi fortuna. Trabajé arduamente varios años, hasta que se presentó un pariente que tenemos en Buenos Aires y me ofreció un cargo en sus haciendas. Acepté. Dejé el poco dinero que tenía y embarqué, y he aquí brevemente mi triste historia. Me levanté y marché a mi cuarto.

Pocos días después una hermosa mañana, estando todos los pasajeros sobre cubierta, se levantó del poniente un fuerte viento que empezó a rizar y alborotar las aguas. Nosotros no nos inquietamos, pero el capitán y el piloto comprendieron lo que sucedería.

Una nubecilla que aparecía en el Oriente fue agrandándose hasta nublar el firmamento. El capitán mandó arriar las velas grandes y desplegar las menores, orden que fue ejecutada rápidamente. Se prepararon enseguida las lanchas para caso de naufragio, pues la cosa se ponía seria y los pasajeros que lo veíamos, comprendimos la gravedad del caso.

Corrimos a los camarotes para asegurar lo más precioso que teníamos, mientras tanto la tripulación luchaba denodadamente contra los elementos. Pero conseguían poco. A los pocos momentos, saltaba deshecho el timón, las olas levantándose sobre el barco, amenazaban tragarle y jugaban con él como con una pelota.

El capitán ordenó echar las lanchas al agua y empezar el embarque, se hizo ordenadamente y cuando faltaban pocos para embarcar, sonó y chirrió y el Monturiol se iba hundiendo lentamente, se había abierto una vía de agua.

Embarcaron los que quedaban y solo quedábamos mi amigo Eduardo y yo. Solo había sitio para uno y cada uno cedía el puesto al otro.

El barco se hundió rápidamente, echamos suertes y me correspondió quedarme. Mi amigo se resignó y se iba a lanzar al agua, cuando volvió rápidamente y me dijo gravemente: “Sálvate, pues tienes una madre por quien cuidar. Debes protegerla y yo en cambio estoy solo. Nadie puede llorar mi muerte. Toma mi ropa y dinero y sé feliz. Sálvate y acuérdate en tus oraciones de tu amigo Eduardo”.

Yo, que permanecí tenaz al principio, al oír invocar el nombre de mi madre, una lágrima resbaló sobre mi mejilla y no opuse resistencia al deseo de mi amigo. Cogí la ropa y bendecido por Eduardo, me lancé al mar, me recogió la barca y miré. El Monturiol se hundía, subió Eduardo a lo más alto del buque y miró, nos bendijo. En aquel momento el buque se hundió, solo se veía sobre la superficie la bandera española, y Eduardo a los pocos momentos, se veía abrazado al emblema de España y desapareció.

Todos los labios se abrieron rezando por el alma de Eduardo el “De Profundis clamavit ad te Domine”.

AMO EL COLOR

(Sin fecha)

El color es belleza, vida, recuerdo. El blanco es un cisne ideal. El azul, un jirón del manto de la Virgen. El rosa, un crepúsculo de primavera. El gris, un jardín de otoño. El verde, una mirada de ondina. El oro un retablo antiguo. El plata, un beso de luna. El morado, una túnica nazarena. El rojo, un birrete cardenalicio. El amarillo una rosa marchita. El pálido, un semblante de abadesa. El negro, un velo de viuda.

El blanco me extasía. El azul me alegra. El rosa me seduce. El gris me adormece. El verde me inspira. El oro me atrae. El plata me eleva. El morado me arrastra. El rojo me anima. El amarillo me entristece. El pálido me amedrenta. El negro me mata.

El invierno se viste de blanco. La primavera de azul. El estío, de rosa. El otoño de gris. El mar, de verde. El sol, de oro. La estrella, de plata. La violeta de morado. El ocaso, de rojo. El monasterio de amarillo. La aurora de pálido. La noche de negro.

PÁGINA BLANCA

Pone ya la alborada su ósculo blanco sobre la tierra. ¡Oh, alburas blancas de los serenos amaneceres! El Prior traza nerviosamente sobre la espuma de una cuartilla bellas estrofas de un misticismo muy elevado. Por la ventana abierta penetra el fresco húmedo de la mañana alegre, que trae en su regazo perfumes de rosales, aromas de azucenas, olores de naranjos, rumores de enramadas, arrullos de palomas y músicas de fuentes y hálitos de céfiros. ¡Oh, alborear de mayo, ángel de blancas alas!

El monje escribe. Tiembla una estrella sobre su frente. Sobre la mesa abre sus brazos uno crucifijo, es de marfil. Mientras el fraile, mudo, trabaja; él se sonríe. En la puerta de la celda suena un golpe. ¿Quién será? Es un joven religioso, alto, pálido, gentil. En un libro amarillento guarda su escrito el prior. Los dos salen de la celda y cruzan con rapidez la soledad de los claustros bañados ya por la luz de la mañana fragante, cantora, primaveral. Penetra en el jardín y corta flores los dos: rosas de espuma, azucenas que parecen de marfil, lirios blancos y jazmines de elevada palidez.

Ya acaban. Ya tiene los hábitos llenos de flores, parecen estrellas, parecen vellones de blancos corderos. Los dos religiosos sonríen, en una espesura de verde follaje se internan los dos. Por la cinta de una senda los dos van a la capilla que, a lo lejos, resplandece bajo el sol de la mañana. Mil palomas les rodona y les besan los cerquillos y los pies encarcelados en las rústicas sandalias.

Entran en la capilla. En el altar de la Virgen toda plata, los mira. Se acercan y le arrojan las flores, que resbalan por el luciente mármol de ara y por los mármoles de las gradas lucientes. Las pálidas estrellas que forman la corona de la Excelsa Señora, tiemblan y al temblar, ríen.

Los monjes se prosternan, cruzan las manos finas sobre el devoto pecho e inmóviles, semejan estatuas de alabastro. Todo es blanco: los cirios, los manteles, los hábitos y la plegaria humilde que brota de los labios...

PÁGINA AZUL

Góndolas en el lago. La princesa Esmerilda surca el azul del agua en una de ellas. Va sola. Las azuladas venas de sus brazos desnudos donde las pulseras ponen su nota de oro, tienen medrosas dilataciones con el manejo de los remos de marfil.

Sobre el haz de las ondas, nenúfares y lotos; y sobre ellos vagan y giran mariposillas de alas como turquesas. La tarde canta un himno de triunfo extendiendo los tenuísimos velos que la engalanan, sobre el azul divino y temblador de los ríos, que resuenan con la suavidad del raso; y de los mares,

que se estremecen como antiguos reyes orientales en sus magníficos lechos de nácar; y de los lagos, que en sus ligeras palpitaciones simulan ricos estuches desbordantes de piedras preciosas.

Un pájaro se posa sobre los remos. Hay en sus plumas pinceladas de añil. Dos crisoberilos son sus ojos. Abre su pico del color del agua y lírico, rompe en armonías de suprema emoción. Esmerilda le escucha. Bajo la flexibilidad ondulante de su sedosa túnica, se transparenta la virginidad de los senos que, emocionantes, tiemblan.

¡Oh corazones vírgenes, divinos intérpretes del lenguaje de la ola, del idioma del pico! El pájaro canta: “Princesa, llega el amor galopando sobre el corcel azul a las puertas de tu alma, porque viene a ti. ¡Adormeceos bajo mis alas y cambiad besos, que son las letras del vocabulario del amor!” El ave enmudece y se agiganta y se cierne sobre la cabeza rubia de la bella gondolera. Vienen de las riberas fragancias de rosas frescas.

La espuma canta como una lira y el céfiro recita trémulamente salmos de amor. Como un cisne encantado, rayando silenciosamente la faz tranquila del agua, tembladora y blanca, avanza una góndola hacia la de la pálida Esmerilda. El príncipe Angor va en ella, manejando los remos de plata. El calzón de tisú que ciñe sus muslos poderosos; las medias de seda que se ajustan a sus pantorrillas de una perfecta elegancia; el jubón de terciopelo que oprime su busto gallardo; todo su traje es un azul purísimo. Su melena corta parece por lo rubia, un jirón de crepúsculo estival.

¡Ved! Ya salta a la góndola de Esmerilda. El pájaro aletea sobre ellos y bajo la sombra azul de sus alas, los dos príncipes se funden con un interminable arrullar de idilio.

PÁGINA GRIS

El otoño apuesto en el paisaje la inmensa melancolía de la nota gris. En esta tarde plomiza el color ceniciento de los caminos acentúa sus tonalidades. Las pardas alas de los pájaros emigrantes pasan sobre las ondas pizarrosas y turbulentas del río, a cuyas márgenes cabecean melancólicas las mustias hojas de los altos álamos.

Cruzan por un camino, con rumor de sandalias y rosarios, los novicios del convento de Santo Tomás. ¡Oh, los novicios, palmas místicas del jardín de la austeridad, del huerto del sacrificio! Los hábitos terrosos recuerdan la muerte.

El Ángelus vibra en la torre musgosa de la antigua catedral. Los frailes se detienen; se descubren; oran. Sus cabezas motiladas recortan sus perfiles sobre el fondo amarillo del ocaso. El viento vespertino y otoñal besa sus frentes pensativas y pálidas. Concluyen. Se alza nuevamente el rumor de sandalias y

rosarios. Regresan al convento oculto en una calle estrecha, larga, oscura y maloliente de la población.

En la alta noche, entre el rumor de los rezos monásticos y el tintín de la campana conventual, voces aguardentosas cantan coplas obscenas al compás de guitarras destempladas. Es una casuca misteriosa, a cuyos balcones se asoman, pintarrajeadas y medrositas, algunas mujercillas envueltas en vestidos chillones de seda barata.

Los novicios caminan. El Padre Maestro, serio y mudo, los inspecciona bajo los cristales negros de sus anteojos. Entran en la ciudad; todos llevan la vista baja. Arrimados a los muros grises de los viejos edificios, avanzan, avanzan. La noche va cayendo. Hacia ellos vienen dos sombras: una mujer y un hombre que se estrechan para dejarles paso. Todos ven contra su voluntad un sombrero cordobés, una faja azul, unas peinetas brillantes.

Oh, Belcebú, sabio sembrador de tentaciones, cómo sonríes en las tinieblas! Un lego sanote y simpático abre las puertas conventuales. Los novicios penetran de dos en dos. ¡Oh juventud monástica, cuántas luchas sostendrás con el maligno en el retiro santo de las celdas!

Una lluvia santa y rumorosa empieza a extender sus velos plúmbeos sobre la capital provinciana, que en esta hora, vista a través de cristales, es de una incomparable belleza.

PÁGINA DE PLATA

No sé qué tiene el lago esta noche. Los lirios blancos que s sus bordes crecen besan entre temblores musicales, la plata de las ondas que resbalan suspirantes y lentas. La lancha de la marquesa se columpia a la opuesta orilla. Esta noche no sale a pasear la vieja linajuda.

El lanchero canta en la ribera tendido sobre el césped. La taciturna de semblante pálido, arrastra sobre el raso de los cielos sus ropajes translúcidos de plata. El aroma de los naranjos hace desfallecer el alma. ¡Oh los perfumes de las noches cálidas y puras, mudos predicadores del amor! ¿Qué canta la brisa en el ramaje plateado? ¿Qué gorgotea el ruiseñor insomne? ¿Qué modula el fatigado lanchero?

Entonan un himno a la noche argentada que se ha enseñoreado de la tierra. ¡Cántale tú también, corazón mío! Tañe tu guzla de plata y a su argentinos sonos dile que desvelado, la esperabas. ¡Oh divino poeta, empieza, empieza! ¿Qué escuche? ¡Ya escucho! ¡Canta!

Tirso del Camino. Tomás Monreal. Manuel Martín. Justiniano Luengo. Enrique Delgado. Paco Caballero. Antonio Correas. Miguel Fernández. Manuel Caballero. Venancio Sáenz. Juan Reus.

Talavera de la Reina, 25 de agosto de 1923

CUENTO DE REYES

A mis queridos hermanos Andrés y Luis

(Sin fecha)

La noche era serena, viento helado azotaba las chimeneas y tejados de la ciudad. El cielo puro, sin una nube que empañase su mágico brillo semejava un manto azul de Cachemira salpicado de perlas que reverberaban a la pálida luz de la luna. Los muros de la ciudad enviaban su sombra sobre las huertas cercanas.

Era el día de Reyes, víspera del día quizás más feliz de la infancia soñadora, que teje doradas redes alrededor de los reyes Melchor, Gaspar y Baltasar. Día de Reyes, día feliz que todo hombre recuerda con emoción en el ocaso de su vida y que goza con el anhelo de sus pobres pequeñuelos, todos los niños le esperan con ansias y en el seno de la familia prometen ser buenos para que los Reyes, que todo lo ven por las chimeneas, se dignen visitarles...

Las calles de la ciudad estaban animadas como nunca; las tiendas derramaban la luz a torrentes por sus lujosos escaparates; las gentes entraban y salían de las tiendas con el gozo retratado en el semblante y el corazón lleno de alegría. Todo era animación y movimiento.

Por una de las calles de la ciudad marchaba una mujer pobremente vestida. Era la verdadera encarnación de la miseria; su demacrado rostro revelaba el hambre que sufría; su flácido pecho subía y bajaba violentamente encerrando hondos suspiros. La pobre ropa que vestía no era suficiente para impedir que el frío maltratase las flojas carnes. Envuelto en un mantón llevaba a su hijo, hermosa criatura de 3 años de edad, moreno, con el pelo negro como el azabache que relucía al recibir la luz. Sus ojos negros, vivos e inteligentes, se fijaban en los escaparates de las tiendas y su rosada boca a veces balbucía: "Made, made, yo quero un caballo", y la pobre mujer oyendo aquella vocecita, corría, volaba por las calles en dirección de su mísero tugurio.

Atormentada por la pena y sufriendo el frío, llevó la poca ropa que tenía al Monte de Piedad para poder cenar aquella noche. Con el dinero que la dieron, atravesaba la población en busca de comprar algo, pero el niño, alma infantil hecha solo para gozar, viendo aquellos juguetes y dulces, lloraba, sufría al ver que no podía gozar de aquellas cosas y tendía sus bracitos queriendo abrazar aquellos juguetes no hechos para él; y la madre corría, volaba llevando en sus oídos la impotente vocecita de su hijo.

Sacrificando lo último que le quedaba, la vergüenza, pidió limosna. Pidió por caridad algún socorro para aquel niño, que en tan augusta noche no podía satisfacer su ilusión. Pero en vano. La gente pasaba a su lado deprisa, alegre, sin fijarse en el prójimo indigente y no le hacían caso. ¡Vil gusano caído en la corriente de aquel humano arroyo, no podía salvarse si no fuera por un milagro! Y la madre sintiendo renacer como nunca esa llama de amor maternal, abrazó a su hijo querido y, dirigiendo una feroz mirada a los egoístas transeúntes, huyó de la gente y se escondió en la oscuridad de su inmunda buhardilla

La luna, derramando sus plateados rayos por las abiertas ventanas, iluminaba la buhardilla. Un par de sillas y una mesa constituían el mobiliario de aquella estancia. En un rincón había una pequeña cuna y un colchón con algunas mantas; las ventanas sin cristales dejaban pasar las inclemencias del tiempo. Por la desvencijada y vieja escalera subía Luisa, pues este era su nombre, con su niño en brazos. Abrió la puerta y penetró en su pobre vivienda a oscuras, solo alumbrada por la luna.

Comenzó Luisa a preparar la cena; con unos carbones medio encendidos que tenía, quiso calentar la leche, cena de su hijito, y mientras tanto le empezó a desnudar. La dulce charla del pequeño la distraía de sus pesares; la imaginación del niño volaba en pos de la luminosa estrella de los Magos y que él recordaba haberlo oído a su madre.

Contento con esa alegría propia de los niños que no conocen tristezas y pesares humanos, decía a Luisa: “Made, los Reyes me traerán juguetes y dulces porque yo soy bueno, ¿verdad que sí?” Mas la pobre madre, ocultando su profundo pesar y sorbiendo las ardientes lágrimas que querían salirse de sus preñados ojos, le dijo: “Tontín, toma la leche y duérmete, los Reyes no vendrán porque hace mucho frío”. El niño calló, pero una profunda arruga surcó su frente; ya casi se dormía cuando llamó a su madre y le dijo: “¿Por eso no vienen? Pues yo quiero que vengan, sí yo lo quiero”. Y acompañando la acción a la palabra, dejó escapar dos lágrimas que, corriendo por sus aterciopeladas mejillas, fueron a caer entre los sedosos cabellos de Luisa, que anegada en llanto, cubría de besos a su hijito. Y después, cayendo de rodillas ante un crucifijo, exclamó: “Dios mío, ¿hay piedad para un pobre desvalido?”

El niño se durmió. Su plácido rostro tenía los rasgos de un alma infantil; su entreabierta boquita dibujaba a veces una sonrisa... soñaba, soñaba que los ángeles del cielo bajaban, le suspendían con sus inmaculadas alas y le llevaban ante el trono del Altísimo. Allí, rodeado de esplendoras luz e innumerables coros de ángeles, estaba el Niño Dios. A sus pies y rindiéndole homenaje estaban los Reyes Magos. Extasiado ante cuadro tan sublime, el niño cayó de rodillas y fijó su vista en el Divino Infante, que le correspondió con celestial sonrisa.

El niño se despertó y empezó a gritar: “Made, he visto al Niño Jesús adorado por los Reyes y me vana traer una escopeta y caramelos”. Volvió a dormirse, la plácida sonrisa volvió a brotar de sus labios y su espíritu libre de la naturaleza comenzó a velar por las etéreas regiones, donde todo son sueños y alegrías.

Mientras tanto, la madre, poseída de la devoción de toda mujer cristiana, volvió a caer ante el crucifijo y con los ojos llenos de lágrimas, murmuró: “Dios mío, conceded a un tierno espíritu infantil la gracia de ser feliz en una hora. Pobre soy, en vuestras manos me encomiendo”. Y rendida pro el trajín del día, durmiese alumbrada por un rayo de luna que se filtraba por el desnudo ventanuco.

Amanecía. Leves reflejos de la luz alumbraban los copos de nieve que empezaban a caer; los copos, cual lluvia de pétalos de gardenia, iban cubriendo cual inmensa sábana las calles y tejados de la ciudad. A pesar de las nieves, la vida de las calles se iba animando.

Cualquier observador que se hubiera detenido a mirar los balcones de alguna, vería aparecer rostros somnolientos que, cogiendo algunos objetos del balcón, volvían a desaparecer rápidamente. Son los niños que, levantándose más temprano que de costumbre, corren a recoger los regalos de los Reyes.

Cosa parecida sucedía en la buhardilla de Luisa. Su hijo, despertándose muy temprano, corrió a la puerta donde había dejado su zapatito. Luisa, con triste mirada, esperaba el cruel desengaño del hijo. Más cuál no sería su admiración al verle entrar con una escopeta y un cucurucho e almendras.

Luisín saltaba de alegría, amenazando matar a supuestos enemigos. La estancia era pequeña para él; sus gritos de alegría retumbaban en la fría habitación. Luisa con el corazón rebosante de contento, cogió a su hijo de la mano y llevándole ante el crucifijo, le hizo repetir la hermosa oración del Padrenuestro.

El milagro se había verificado, la hora de felicidad pedida por Luisa había sido colmada con creces; mas ni Luisa ni su hijo supieron el origen de aquel regalo. Cavilaron en balde. La caridad cristiana les había socorrido.

Manuel Martín

Talavera de la Reina, enero de 1923

EL ENIGMA DE TEBAS

Leyenda

(Sin fecha)

En los principios del desierto líbico y junto a las ruinas de la ciudad de Menfis y del sagrado Nilo, se encuentra la esfinge de Gizeh, cual centinela que vela el sueño eterno de los faraones, que descansan en sus enormes sepulturas de granito y ladrillo: las pirámides.

Ante su vista ha cruzado en confuso tropel, la loca carrera del tiempo. Ha sido testigo de todos los cambios de Egipto; ha presenciado el desfile de todos sus dominadores, empezando por Gizeh que la mandó construir, pasando por el coloso Napoleón y terminando por los ingleses y por fin, sus piedras se conmovieron de alegría al ver reconocida su independencia, por la que luchaban desde mucho antes de Alejandro.

Por los labios de todos los egipcios corre una leyenda que traspasando fronteras, llegó a invadir los más escondidos rincones. Es la siguiente:

Cierto artífice famoso fue encargado de construir una esfinge. Los monumentos contruidos por el maestro sobrepujaban a todos los demás; su fama corrió de boca en boca hasta llegar a los oídos del rey Gizeh, que le mandó construir una esfinge.

Su obra estaba casi terminada, pro un capricho, una vanidad del artista germinó en su mente. Decidió legar su nombre a la posteridad, ¿pero de qué manera? ¿No le recordaría el que, visitando Egipto, contemplase sus monumentos? No, él ambicionaba que su nombre corriese de boca en boca, que no solo le recordasen los sabios al estudiar sus obras, sino hasta el más humilde pastorcillo. Y recurriendo a su religión y con el auxilio de sus dioses, logró encerrar en la esfinge un enigma. Tebano era el artista y por eso se le nombró “el enigma de la Tebas”.

Un día estando con varios amigos en su cuarto de trabajo y hablando de su última creación, el tebano decía a sus amigos: “Existe en el interior de la esfinge un enigma, un secreto que solo descubrirá aquel que, subiendo hasta la concha de su oído, dijese la palabra más dulce, más tierna que existe en el lenguaje humano”. Y en efecto, no se engañó. Su nombre con el enigma, corrió por los labios de todo Egipto, constituyendo la más grande preocupación.

La gente desfilaba ante la esfinge, ansiosa de descubrir el enigma. Cuando el misionero con la cruz en la mano, exclamaba: “Dios, la fe”, la esfinge permanecía insensible. Cuando el militar decía: “Guerra, exterminio”, el coloso de granito seguía inmóvil. Y cuando el labrador murmuraba: “pan, cosecha”; los jueces: “justicia, equidad”; el aventurero: “novedad”; el joven: “placer, goce”, la esfinge continuaba insensible, señal evidente de que nadie acertaba el enigma.

La gente llegó a cansarse y solo algún viajero acudía a pronunciar su

palabra, aunque en vano. Los mortales con toda su ciencia y civilización no supieron cuál era el enigma y hasta llegó a cansarse y a dudar de la verdad y sin embargo el enigma existía.

Cierto día el amanecer se presentaba hermoso como nunca; el sol se levantaba por el horizonte alumbrando con sus calurosos rayos el vértice de las pirámides y las inmensas arenas del desierto. El aire, llevando en su regazo los aromas de las flores de los inmensos y soberbios jardines del Cairo y Alejandría, cruzaba el espacio hasta halagar las secas fauces del árabe que, después de atravesar el desierto con su caravana, rompía en desentonados gritos de alegría al aspirar el aire que le recordaba las auras de su patria, cargadas con los perfumes de la Meca y Bagdad, y le anunciaba la proximidad del punto de llegada.

¡Con qué alegría descansaba a la sombra de las enormes pirámides! El cercano Nilo continuaba su curso plácidamente y cuyas aguas reverberaban al sol; solo algún cocodrilo interrumpía con su presencia la limpidez de las aguas. El cielo con su manto azul celeste cobijaba la candente arena y el espacio era surcado por algún inquieto gavilán que, buscando su presa, describía enormes círculos y luego iba a perderse en la lejanía en dirección de algún cercano oasis.

En el horizonte se distinguía una densa polvareda que se iba acercando poco a poco. A través de la nube de polvo y en alas del viento resonaba el monótono canto del árabe que saludaba la salida del sol. ¡Era una caravana! Todos los individuos que la componían eran turcos, excepto una mujer española y su hijo.

La caravana acampó junto a gran esfinge, todos reposaban en sus tiendas antes de partir a su destino. Nadie turbaba el sepulcral silencio que reinaba. Por entre los pliegues de una tienda, salió un niño hermosísimo: rubio, sus doradas guedejas caían airosamente sobre su espalda; los fuertes colores que ostentaban sus mejillas indicaban su salud. Vestía una de esas túnicas judías que le cubría por completo; era blanca como el aspecto de su alma y era la misma figura que la que emplean nuestros pintores para designar a Jesús siendo niño.

Travieso como todos los de su edad, empezó a corretear por el pequeño campamento. Poco a poco fue alejándose y cansado, se durmió al lado opuesto, sin darse cuenta de ello. ¡Pobre niño! ¡Cuán caro le iba a costar aquella travesura! Descansada la caravana se volvió a poner en marcha en dirección a Heliópolis. Nadie se dio cuenta de la pérdida del niño que quedaba abandonado, sin amparo y sin más protección que la de un grande y hermoso mastín que, jugando con el niño, se había alejado.

La caravana ya había partido y se iba alejando, entonces despertó el perro y viéndose solo, empezó a ladrar furiosamente llegando a despertar al chico. Y cuál no sería su estupor al ver que todos habían partido, empezó a dar vueltas a la esfinge. Llorando, seguido del fiel mastín y trepando como pudo, logró subir hasta la oreja de la esfinge y dirigiendo su triste mirada pro el horizonte, llegó

a percibir una ligera nubecilla de polvo producida por la caravana.

Desolado, desesperado, dio rienda suelta al llanto, al mismo tiempo que exclamaba con lastimera y entrecortada voz: “madre, madre”. Al decir estas palabras, la esfinge se conmovió en sus cimientos amenazando caerse. Las piedras parecían salirse de su ajuste, pero poco a poco el balanceo fue más suave.

El niño no se dio cuenta del fenómeno, embebido como estaba en su tristeza y reparando en el leve movimiento, se asustó; pero llegó a tranquilizarse y llegó hasta figurarse estar en las rodillas de su madre, que amorosa le mecía hasta dormirle. Y en efecto, se durmió y cuando llegaron los de la caravana, le encontraron dormido, sonriente y con la cabeza del fiel mastín entre sus manos y piernas.

El gran enigma de la esfinge estaba descubierto. Un simple niño desamparado lo descubrió sin darse cuenta. El artista tebano proclamaba el nombre de “madre” como el más tierno y dulce de la lengua humana, y es verdad. “Madre” es el nombre concedido a la que nos dio el ser y como la amamos, “madre” nos parece el más dulce.

Para ella es el primer suspiro nuestro. “Madre” es el primer nombre que balbuceamos de pequeños; de mayores, “madre” es el talismán que nos auxilia y consuela, y “madre” es la última palabra que balbuceamos al expirar, igual el que muere peleando como un héroe en el campo de batalla, que el que muere postrado en el lecho por grave enfermedad.

Y por último, cito algunos hermosos párrafos de Severo Catalina, tomados del capítulo 7º, titulado “La maternidad” en su obra “La mujer”:

“Los que tenemos la dicha de ver todavía a esa mujer sobre la tierra, la invocamos con cariño a todas horas. Su nombre está escrito en el corazón; es el nombre más tierno de cantos encierra el diccionario.

El solo nombre de madre nos representa aquella mujer en cuyo seno bebimos el dulcísimo néctar de la vida; en cuyo regazo dejábamos reposar nuestras cabezas; aquella mujer que nos acariciaba, que oprimía entre las suyas nuestras manos; que besaba nuestra frente; que enjugaba nuestro llanto; que nos mecía por fin en sus brazos al eco blando de una balada de amor.

¡Dichosos mil veces los que todavía podemos contemplarla con los ojos de la realidad! vosotros, los que habéis perdido a vuestra madre, también podéis verla si tenéis corazón y sentimientos. Podéis verla en el ensueño dorado de vuestra felicidad. Si el astro de la noche envía sobre la tierra un pálido resplandor. Figuraos que el resplandor pálido del astro de la noche es la mirada tranquila y cariñosa que vuestra madre os dirige desde el cielo.

Si veis en la región del firmamento una blanca nubecilla que flota cual tenue gasa, sostenida en sus extremos por dos ángeles, es el alma de vuestra madre que al miraros, sonríe de cariño desde el cielo.

Si a la caída de una tarde melancólica sentís un eco vago que se pierde a lo lejos, y que no es el canto de las aves ni el murmullo de la fuente, arrodillaos, es el aleteo de la oración que por vosotros eleva vuestra madre.

Si en noche apacible del estío, acaricia vuestra frente una brisa consoladora que no es la brisa de los campos, ni el hálito embalsamado de las flores, estremeceos de placer: es el beso de pureza y de ternura que os envía desde el cielo vuestra madre.

Aunque la muerte la arrebate, la madre no deja nunca de existir para vosotros, que tenéis corazón y sentimientos”.

Manuel Martín

Talavera de la Reina, abril de 1922

Premiada en el concurso del “Centro Don Bosco”, con el segundo premio

FLOR DE ARROYO

9.2.1924

Vestida pobremente y asomando los dedos de los pies por las rotas botas, caminaba Rosita por una de las calles más concurridas de la ciudad. Desgraciada criatura, perdió a su madre pocos días antes. Con el cadáver camino del cementerio, vio abierto un camino de espinas, donde no podría caminar. Aunque pobre, siempre tuvo en su madre el más firme apoyo y el consejero más fiel.

Ahora, al verse sola, sin un alma amiga que pudiese guiarla por el mundo, marchaba la niña acompañada de sus lúgubres pensamientos.

Desde que se quedó huérfana, vagó por la ciudad sin rumbo fijo. Asistió varias veces a las puertas de los cuarteles cuando repartían el rancho y como era pequeñita y entera, todos la atropellaban; todos saciaban su hambre antes que ella. Las migajas de pan y las sobras de los otros pobres eran todo su alimento.

Y en cuanto a dormir, tenía los almacenes del muelle. Allí, entre los sacos y cajas, hallaba un sitio donde resguardada de la intemperie lograba conciliar el sueño. Varias veces tuvo que dispersar a trompazos a la turba de golfillos que la asediaban con propósitos nada buenos.

Su vida era la de un pajarillo errante que, sin nido, vagaba por el inmenso bosque de la vida. Expuesta a los atropellos e injusticias humanas, pasaba por la vida salva, sin mancillarse por el fango vil de las pasiones. Calandria alegre saludaba a la mañana sin pensar que, seguramente, no tendría qué comer;

caminaba por las calles pidiendo limosna; su vocecita plañidera y dulce se perdía entre el ruido de automóviles y tranvías. Su pobre aspecto no llamaba la atención, nadie le hacía caso. Se veía despreciada y sin embargo, su carita morena y redonda miraba hermosamente a los transeúntes que cruzaban ante ella.

“Una limosna, por caridad”, demandaba. “No tenemos”, la respondían algunos. Y la infeliz, creyendo de buena fe aquellas palabras, se sorbía sus lágrimas y exhalaba un suspiro mientras se apoyaba en la casa cercana.

Un hombre pasaba por aquel lugar, iba bien trajeado y por eso Rosita se le acercó. “Señor, déme una limosna”. El transeúnte se quedó mirándola y observando sus facciones no exentas de belleza, concibió un horrible pensamiento. “Mira, le respondió, aquí no tengo un céntimo, pero vienes a mi casa y allí te daré unas ropas que tengo”. Rosita le miraba con ojos de estupor, no esperaba tanto y sin embargo, una idea instintiva le decía que no fuese; una voz interior le aconsejaba que se quedase.

Pero el hombre se marchaba, llevándola de la mano; se alejaban del centro de la población, los transeúntes eran más escasos. Apenas circulaban vehículos; a los admirables edificios sustituían casas de pobre aspecto. Rosita marchaba silenciosa, presentía un gran peligro y no acertaba a huir. El hombre se encaminó a un edificio en cuya puerta aparecía una mujer vestida de percalina, que le llamaba con las manos. El hombre dirigió una mirada de codicia a la chicuela que le miraba asombrada. Entonces Rosita se dio cuenta de todo: vio el inmenso abismo en que amenazaba caer y dando un violento tirón, echó a correr por la calle adelante.

El hombre, sorprendido, la llamaba, pero cuando quiso correr tras de ella, ya la niña doblaba veloz la esquina y desaparecía entre las revueltas callejuelas. Corría Rosita temiendo que el hombre la alcanzase, cruzaba calles y se internaba en la población. No sabe lo que corrió. Cuando se dio cuenta, estaba lejos, muy lejos del lugar de donde huía.

Cansada, se sentó junto a una puerta. Una viejecita apareció con un puchero en la mano y exclamó: “Pero, si no es el viejecito. Tarda hoy demasiado. Mas, ¿qué te sucede, niña?”. Rosa, fatigada por la carrera y la necesidad, se tambaleaba, sentía vaciarse su cabeza. La vieja corrió a ayudarla. “Pobrecita, pobrecita. Toma el cocido que tenía para el viejo, ya le prepararé otra cosa”.

Entróse dentro, Rosita se disponía a comer y reponer sus fuerzas, cuando vio a un viejecito que la observaba con envidia. Era el pobre que miraba la comida que destinaban para él. Rosita se compadeció, ya no sintió hambre, le parecía que había comido abundantemente. “¿Quiere usted comer?”, preguntó

al viejecito. “Pero, ¿tú no comes?”. “Ya he comido”, le respondió Rosa, mientras dibujaban sus labios un gesto negativo.

El viejo se puso a comer, cuando terminó miró a la niña. Ésta no le miraba, sus ojos contemplaban el firmamento, su boca sonreía, sus mejillas estaban pálidas. En fin, su alma había volado al cielo, dejando la estrecha cárcel del cuerpo humano que se tragaría la tierra.

LA CAZA DE LAS CORUJAS

18.3.1924

Cae la tarde. El sol próximo a ponerse, ilumina la cúpula de la ermita que se recorta en el pálido firmamento. Honda calma reina en el horizonte, un ambiente de tranquilidad invade el ánimo. Se oye el voltear de las campanas tocando a la oración. Los vencejos revolotean por los campanarios inundando con sus chillidos la tranquilidad prístina de la tarde. Las golondrinas inquietas describen anchos círculos a ras del suelo, perseguidas por algún perrillo que, juguetón, las acecha y ladra.

Por el campo se extiende un vago rumor que es un conjunto de pequeños ruidos producidos por el bullir de los insectos entre la grama. Los grillos lanzan su monótono gri, gri, uniéndose al acompasado canto de la coruja.

Avanza la noche. La alameda oscura se recarga de tintes sombríos tenuemente alumbrada por los pálidos rayos de la luna; la ermita se destaca como una inmensa mole enviando gigantesca sombra a los pies de la cruz, que se levanta entre un fondo de árboles como signo de redención.

Esta es la hora más a propósito para cazar a las corujas, su característico canto más elevado que los otros ruidos nocturnos sirve para guiarse en medio de la oscuridad de la noche.

Guiados por el ruido, los cazadores caminan silenciosos y atentos: la cabeza adelantada para recoger mejor los sonidos, los ojos muy abiertos escudriñan los árboles buscando al pobre pájaro. El canto sigue resonando, los cazadores se acercan poco a poco; quedamente se distribuyen para apuntar mejor.

Al fin, se le distingue, en una rama canta la coruja muy ajena del peligro que la amenaza. Los muchachos se preparan, miden las distancias atentamente, extiende fuertemente las goznas del tirador y cuando creen tener ya segura la presa, dejan escapar la piedra que parte veloz a hundirse entre la espesura,

arraneando algunas hojas. El tiro ha fallado, el pájaro interrumpió su canto al oír silbar la piedrecita voló en busca de un más seguro refugio donde nuevamente vuelve a exhalar su cantar.

Los cazadores no se desesperan, otros cantos resuenan entre la verde espesura; vuelven a ponerse en marcha más atentos y silenciosos si cabe que antes. Se suceden los tiros a las aves, unas veces el animal huye asustado, otras los cazadores creen haber matado la presa, pero ésta ha huido sin ser herida, y otras veces, las menos, el pájaro cae herido entre los gritos de los muchachos que discuten quién lo ha matado.

Así transcurren las horas y los cazadores cansados se retiran a sus casas satisfechos de la caza, mientras resuena en la alameda el canto de las otras corujas que han escapado vivas y que por aquella noche pueden cantar tranquilamente.

LA VENGANZA DE JULIO

Talavera de la Reina, 27.3.1922

Eran Luís y Julio dos chicos muy amigos que estaban en la escuela de un lejano pueblo. Como hemos dicho, estos dos niños eran muy amigos, pero fuera de la escuela; cuando daban sus lecciones, se convertían en encarnizados enemigos.

Los dos eran muy aplicados y muy puntuales. Julio era un muchacho muy noblote, sencillo y humilde, nunca había reñido con sus compañeros y cuando discutían, les hacía ver cariñosamente si se habían equivocado y les daba la razón cuando la tenían. Pero Luís era el reverso de la medalla: astuto, malicioso, soberbio, regañaba con todo el mundo, quería llevar siempre la razón y como era el más fuerte de la escuela, al que quería sobreponerse le zurraba. En fin, mientras Julio era amado y apreciado por sus condiscípulos, Luís era aborrecido.

A la sazón, el maestro había prometido un premio y el primer puesto de la escuela al más aplicado; razón por la cual todos luchaban para alcanzar el preciado galardón. Pero entre todos, sobresalían Julio y Luís; éste no podía ver que a él, el más fuerte de todos, quisiera adelantarle Julio, y estudiaba todo lo que podía. Al ver Luís que Julio le iba derrotando poco a poco, se enfureció, empezó a odiar a Julio y todo hacía temer un funesto desenlace. Ya no quería jugar con él; cuando Julio le llamaba, le respondía con una grosería o le volvía la espalda y se marchaba por otro lado (otra grosería mayor –en el

original); cuanto daño le podía hacer, lo realizaba con satánica sonrisa; le escondía los libros, le rompía plumas cambiándole cuadernos u otros enseres de clase.

Ningún chico se libraba de su furia, todos pagaban que él no tuviese la necesaria inteligencia para sobreponerse a todos. Julio, extrañado del cambio de su amigo, decía a sus compañeros: “Pero, ¿qué mosca le ha picado a Luís? Antes jugaba conmigo, íbamos juntos a coger nidos al bosque, cortábamos flores para llevarlas a la Virgen, en fin, se portaba bien conmigo. Pero ahora ha cambiado, me huye, no habla conmigo y me hace el daño que pueda, ¿qué le he hecho?”. A esta pregunta nadie contestaba, pero todos se miraban y callaban la causa de aquella animadversión.

Un día el maestro anunció el resultado de aquel mes y concedía el anhelado premio a Julio. Atronadoras palmas acogieron las palabras del maestro que sonaron en los oídos de Luís como uno cañonazo. Su cara palideció de envidia y de rabia, apretó los puños golpeando la mesa; los ojos de los chicos se fijaron en él, mirada que Luís sostuvo con indiferencia. Los chicos salían de la escuela y se dirigían a sus respectivas casas. La mayor parte rodeaban a Julio, felicitándole mientras Luís marchaba solo apartado de todos. De pronto, sus ojos se iluminaron, cerró los puños y con paso rápido y mirada chispeante se dirigió a Julio. “Infame –rugió más que dijo- me has arrebatado el premio, pero como yo también quiero premiarte, toma”. Y su manaza de hierro cayó sobre la rosada cara de Julio. Le golpeó bárbaramente y medio desmayado le dejó en un banco; los otros desaparecieron asustados, mientras Luís se dirigía a su casa sonriente...

Es domingo. La campana de la iglesia con su dulce tañido llama a los fieles para cumplir con sus deberes. Por sus torcidas callejuelas van apareciendo varias mujeres con su negro pañuelo a la cabeza; en la plazuela están los hombres rodeados por los chicos de la escuela que llevan sus mejores trajes. Poco a poco entran todos en la iglesia, era de pequeñas dimensiones y al frente estaba el altar con una estatua de San Roque, patrón del pueblo, alumbrado por cuatro cirios que difunden vaga claridad por la oscura iglesia. Las mujeres oyen silenciosas el oficio divino. Continuaba la misa, el sacerdote, teniendo en sus manos el pan que había de ser Carne de Cristo, pronunciaba las palabras de la consagración; el sacerdote se arrodilla y suena el argentino son de la campanilla. A este son los hombres caen de rodillas, aquellos hombres fuertes, robustos, buenos y aún algún blasfemo, hincan las rodillas en tierra y se postran ante el Dios que desciende a la tierra y se ofrece a su vista en las manos del sacerdote que eleva la Hostia con reverencia, al mismo tiempo que un rayo purísimo de aquel sol que asoma por Oriente, se posa sobre el Pan de los fuertes.

La misa ya ha terminado, los hombres salen de la iglesia y se reúnen en la calle; los chicuelos corretean por todo lo ancho de la plaza esperando al Sr. Cura. Al fin, éste aparece y se dirigen a la escuela. En ella se forma la presidencia, la constituían el alcalde, el Sr. Cura, el juez, el secretario y el maestro. Los demás hombres se colocan en unos bancos que había al lado. Hicieron varias preguntas a los chicos e iban a entregar el premio, cuando el maestro se levantó y dijo: “Dispénsenme, voy a hablar a un chico”. Su rostro había palidecido, su frente estaba poblada de arrugas y sus ojos miraban a sus discípulos que callaban extrañados ante aquel gesto del maestro. La voz del maestro resonó por el ámbito de la escuela y dijo: “Julio Sánchez Pérez y Luís Gómez Fernández, hagan el favor de venir”. Los dos chicos subieron las gradas, pero ¡de qué manera! Julio subió tranquilo creyendo que iba a recoger el premio y Luís con paso tardo temiendo algo que no sabía explicarse.

Otra vez la grave voz del maestro sonó, dirigiéndose a Luís: “Luís, eres un mal compañero y un mal amigo. ¿Por qué maltrataste el otro día a Julio? ¿Crees que no me podía enterar? ¿Por qué no procuraste vencerle en la noble lucha del saber y no hubieras tenido que recurrir al infame medio que has recurrido, no consiguiendo nada y haciéndote más odioso? En los ojos de tus condiscípulos leo palabras de acusación. Di, ¿por qué le pegaste?”

Luís callaba atontado al oír tan horrible acusación, su vista miraba al suelo, pero en su interior maldecía de su honrado maestro que de ese modo le exponía a la vergüenza. El maestro se dirigió a Julio y le dijo: “¿Por qué no dijiste que Luís te había pegado?” “Porque le quería mucho y no podía verle castigado”. “Aplaudo tus generosos sentimientos, pero esta falta tiene que ser castigada para escarnecimiento de los demás, y tú Julio, debes decir la pena a que se le condene. Habla”

“Pues bien, yo me vengo de Luís condenándole a darme un abrazo y le perdono porque el Señor manda también perdonar”. Abrió sus brazos y en ellos se precipitó Luís, que lloraba arrepentido. Al mismo tiempo el Sr. Cura colgaba del cuello de Julio la dorada medalla de honor y el alcalde le entregaba dos hermosos libros de cuentos y un diploma, regalo que Julio recibió avergonzado y se dirigió a su sitio, entre los aplausos de sus condiscípulos.

El Sr. Cura se levantó y con la voz velada por la emoción, les dijo: “Hijos míos, he asistido con gusto a la entrega del premio, la cual ha resultado brillante. Ya sé por vuestro querido profesor que todos habéis trabajado y estudiado con afán, esto os honra, porque si no habéis ganado el premio os ha servido para adquirir más conocimientos y para demostrar que sois consecuentes y que para adelantaros se necesita estudiar mucho. Muy bien, hijos míos, continuad por la senda que vuestro maestro os señale y, aunque sea larga y difícil, no os arredréis, seguid luchando; y al llegar a su término, podréis decir con orgullo: soy hombre y soy instruido porque he aprovechado los años de mi juventud.

Demosttrad a vuestro anciano profesor con vuestra aplicación, que sus trabajos y desvelos no han sido infructuosos, que sus disgustos han contribuido a formar hombres de bien y su vejez será bendecida por vuestras oraciones y plegarias. Además, esta visita ha venido a demostrarme que todos vosotros sois buenos cristianos, he presenciado el arrepentimiento de Luís y, aunque su conducta ha sido muy deficiente, las lágrimas de arrepentimiento borran todas las culpas. Su acción ha sido, si cabe, de mayor mérito de la de Julio; Luís ha reconocido su falta y ha pedido perdón y Julio como buen cristiano y camarada, no solo le ha perdonado sino que hasta le ha abrazado. Imitad su ejemplo (supongo que todos aquellos que haya molestado y hecho daño Luís, le perdonarán). Decid, ¿le perdonáis de todo corazón?”

Un sí prolongado ratificó las palabras del ministro de Dios. Éste continuó con voz temblorosa: “No esperaba menos de vosotros, veo que vuestro pecho abriga ideas de amor, conservarlas todos los días de vuestra vida y os evitaréis disgustos de mayores. Y tú Luís, que te ves perdonado por todos, reprime tu inquieto carácter, ámalos como a hermanos y si alguna pequeña ofensa te hacen, repite con Jesucristo en la cruz cuando sus enemigos le maltrataban: ¡Perdónalos, Señor, que no saben lo que se hacen! Y ofrece este pequeño sacrificio en expiación de lo que les has hecho rabiar. Y todos vosotros recordad estas palabras de Jesucristo: Amaos los unos a los otros o Bienaventurados los mansos de corazón, porque ellos verán a Dios.

Y al tiempo de levantaros y acostaros, rezad y reparad en estas palabras: Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores”

Han pasado varios días desde el domingo de la repartición de premios, la más cordial unión reina entre todos los escolantes. Todos juegan juntos, se aprenden lecciones y aspiran a quietar a Julio su primer puesto de la clase, pero con estudio, con saber. Luís ha cambiado por completo, quiere a los amigos, no regaña con ellos y los perdona cuando le hacen alguna involuntaria ofensa, coopera con sus amigos en la lucha del primer puesto. Todos reconocen un cambio general en él y atribuyen este radical cambio a la “venganza de Julio”.

LEYENDA DE TALAVERA

Junio 1924

Entre las numerosas y hermosas narraciones que corren entre el pueblo, embelleciendo la historia de mi querida ciudad, sobresale una leyenda sencilla y clara, encantadora y triste que matiza con dulzura un apartado rincón de Talavera y que tiene ese rancio sabor de las leyendas populares, que no

reconocen límites de tiempo y se transmiten de padres a hijos sin enturbiar su contenido. Es la siguiente.

En una de las antiguas puertas de Talavera, al pie de la torre llamada “del polvorín”, y mirándose en las claras aguas del Tajo, hay un sitio que por la forma especial de una piedra, es llamado “Cabeza del Moro” y es fama que en la noche anterior al día de San Juan Bautista, al dar las once de la noche, esa piedra se mueve y saliendo de su alveolo, deja al descubierto un hueco donde aparece una mujer de deslumbradora hermosura.

Su tez es blanca como la leche, los dientes resaltan en el estuche rosado de sus labios delgados y sedosos, sus ojos negros y ardientes se envuelven en el magnífico tapiz de sus largas pestañas. Cubre su negra cabellera un blanco alquicel de Tánger coronado de rica diadema de aljófar; de sus orejas cuelgan dos perlas que brillan irisada por la luna, rodea su alabastrísimo cuello un magnífico collar de topacios y rubíes, esmaltan sus hermosos brazos, anchos brazaletes de oro escritos con caracteres arábigos y embellece su esbelto talle una amplia túnica de seda y raso, ceñida con un cinturón de brillantes y esmeraldas.

Según va avanzando la noche, la dama desgrana un sentimental romance, que encierra su historia tenebrosa y sombría como el corazón de un árabe.

La dama de la leyenda era una cristiana, hija de un poderoso conde castellano que se había distinguido en sus correrías por tierras andaluzas. En una de ellas, además de inmenso botín, traía consigo un tierno infante, hijo de un rey moro, como rehén de la lealtad del africano.

Poco después, nació la cristiana, enloqueciendo de alegría al conde que ansiaba una hija que le sonriese dulcemente al volver de sus triunfadoras algarazas. Juntos crecieron el moro y la niña, por el amplio jardín del castillo correataron alegremente, dejando transcurrir felices los años de la juventud. Más llegaron a mozos; ella era una hermosa dama que se veía cortejada por otros príncipes cristianos. Él, un gallardo mozo de apuesta presencia que dominando el manejo de las armas cristianas y moriscas, era el paladín que sostenía bizarramente en los torneos el honor de su dama. Los dos jóvenes se amaban. Junto a la torre del homenaje descubrió el árabe el ardiente amor que encendía su pecho, pintó apasionadamente con palabras de fuego, la pasión que sentía por ella y que no podía reprimir. La cristiana se rindió y arrullados por el viento que rizaba la superficie del foso, se dijeron palabras de pasión mientras se unían en un interminable ósculo de cariño. Los jóvenes iban creciendo, el conde castellano creyó llegado el momento de casar a su hija y al efecto buscó los más ilustres linajes de Castilla. La presentó matrimonios ventajosos, se organizaron fiestas y saraos para que en ellos pudiese elegir esposo, mas la cristiana comprometida con el árabe, rechazó en

medio de la extrañeza de su padre, a tantos gallardos nobles que se desvivían por una mirada ardiente y apasionada de sus ojos de azabache.

Un día, mientras paseaban la cristiana y el morisco por el hermoso jardín del castillo, el viejo conde sentado junto a una almena, reflexionaba acerca de la negativa de su hija a contraer matrimonio. Mil cábalas se forjaba y no adivinaba el por qué rechazó el brillante porvenir que le ofreció. Abstraído en sus reflexiones, paseaba vagamente su mirada por la campiña que se ofrecía a su vista; en una de las veces que contemplaba el jardín, creyó distinguir entre el follaje dos personas que deambulaban por los paseos. Intrigado por este descubrimiento, aunque algo sospechaba ya, bajó del castillo y se internó en las hierbas que crecían entre unos árboles. Avanzaba hacia él la pareja misteriosa, al cabo pudo distinguirla y cayó la venda de sus ojos; ya se explicaba todas las negativas de su hija, ya comprendía el por qué rechazó los matrimonios y alianzas.

Ardiendo en cólera, no pudo resistir la tentación. Cegado por la ira, salió de entre los árboles y agarrando de una mano a su hija, le dijo secamente: “Sígueme”. La cristiana obedeció, siguió a su padre dócilmente, pero cuando trató de imponerla su voluntad casándola con otro, ella resistió bravamente. “Antes que ser de otro –le dijo-, prefiero verle muerto y después morirme yo”. “Lo veremos”, respondió el conde. La débil condesita escudada por el amor, resistía la autoritaria voluntad de su padre.

Al día siguiente, una pequeña escolta de cincuenta lanzas conducía a los amantes (encadenados) camino de Talavera. El conde no queriendo manchar su linaje con el matrimonio de un morisco, ultrajaba su hombre condenando a su hija inocente a ser encerrada viva por el solo crimen de amar ardientemente. Llegó la comitiva a Talavera y atravesando la pintoresca Alameda, se dirigió a un postigo de una puerta del Alcázar. La infeliz cristiana contempló su tumba abierta entre piedras, vio rodar la cabeza de su amado, presenció con indignación cómo un viejo morisco modelaba en piedra el rostro del musulmán y no pudiendo contener su dolor, penetró en la torre exhalando suspiros que enternecieron a la escolta.

El morisco terminó su escultura y ayudado por dos soldados, cerró la torre dejando sepultada a la infeliz castellana. Esto sucedía un día de San Juan Bautista y por eso la noche del 24 de junio, la piedra se descorre y aparece la cristiana cantando en un sencillo romance la causa de su desventura.

PITUSÍN

A mi querido profesor de Literatura, José García Verdugo

(Sin fecha)

¡Pobre Pitusín! Aterido de frío aguardaba, apoyado en la pared, a que la gente saliera del teatro donde se celebraba una gran función. Con su raída chaqueta que dejaba penetrar el cierzo helado, acurrucado, quería prestarse un poco de calor y arrebuja su rubia cabecita entre el cuello de la chaqueta. Reinaba un frío mortal. Era una noche de enero, una noche que, bajo las apariencias de hermosa, encerraba una noche cruel. El cielo brillaba, salpicado de rutilantes estrellas; alguna atravesaba fugaz el firmamento para perderse a lo lejos, dejando una cola de luz y de fuego. El alma se extasiaba queriendo penetrar el secreto del ignoto espacio, pero pronto salía de su ilusión. El viento silbaba cimbreado las desnudas hojas de los árboles y jugando con los papeles dispersos por la calle. Modulaba su silbido caprichosamente, ya enfurecido rugía retemblado cristales y volando sombreros o capas; cómo acallaba su voz y susurraba entre los árboles, cual si arrullase el cándido sueño de un alma infantil.

Pitusín, aterido de frío, recibía el beso del viento y procuraba esconder sus manos en los pantaloncitos, mitad cortos, mitad largos que mostraban la blancura de las carnes entre los desgarrones de la tela. El reloj del suntuoso vestíbulo del teatro marcaba las dos de la madrugada. Los porteros, somnolientos, apoyados en las paredes, charlaban lánguidamente recordando el cigarrillo que, en virtud de su cargo, no podían fumar. Del salón no salía ningún ruido, solo de vez en cuando llegaba apagada la voz del tenor que, electrizado por el entusiasmo, dominaba los amplios ámbitos de la sala. La función tocaba a su término. La orquesta acompañaba “pianísimo” a la ardiente despedida de los dos amantes. Era un dúo de amor, un dúo suave en el que el alma de los enamorados se fusiona ardientemente, llevando a sus corazones las mieles de la felicidad.

La tiple y el tenor con voz apagada y suave, se narraban su amor. Al avanzar la escena, la voz de los cantantes subía progresivamente; el público, hipnotizado, oía con placer aquel raudal de notas que se posaban sobre la sala abstrayendo el espíritu. Llegó la nota final, la tiple se entregaba al público, haciendo alarde de su argentina voz y al tiempo en que enamorada caía en brazos del amante y caía el telón, una tempestad de aplausos coronó la labor. Se impuso la repetición cantada con sin igual maestría. Al terminar, los bravos y aplausos se sucedían con rapidez asombrosa. Los artistas, sonriendo, recibían la ovación inclinados hacia el público. El telón cayó definitivamente, la gente salía del teatro queriendo llegar a sus coches para no correr el riesgo de coger alguna pulmonía.

Pitusín pedía limosna inútilmente. Las gentes salían rápidamente, arrebujaadas en sus abrigo, sin fijarse en el prójimo indigente que en una noche de frío no tenía donde dormir y poderse abrigar. El chicuelo miraba con sus grandes ojazo el rápido pasar de la gente. Su vocecita plañidera y débil demandaba una limosna; su mano extendida no recibía el beso halagador de almoneda de cobre que le permitiera comer aquella madrugada. El teatro estaba vacío. El viento, soplando con furia, esparció cual débil hojarasca al as gentes que salían del teatro. Pitusín se vio solo, miró a su alrededor y solo vio la negrura de la noche. Las gentes que pagaban una enormidad por ver a los divo, no se fijaban en un desgraciado que pedía limosna.

Pitusín se puso triste, ¿qué iba a hacer? ¿Dónde iría en una noche como esa? A su casa no, ya él lo sabía. En su casa solo le esperaba el palo y la bronca. El pobre niño sintió miedo, se vio solo; con terror se imaginaba una cruda noche pasada en el quicio de una puerta y sus dientes castañeaban de frío, resaltando de sus amoratado labio...

Una idea atravesó su mente, iluminando su inteligencia; la esperanza volvió a surgir llenando de ilusiones el corazón de Pitusín. La esperanza, la eterna compañera del hombre, pues como dice Selgas, “se puede vivir sin dinero, sin crédito y sin estimación, pero no se puede vivir sin esperanza”. Bello ideal que no abandona la hombre, ni aún en los momentos de mayor adversidad.

La esperanza, decíamos, devolvió la tranquilidad al pobre muchachito. Se acordó de que los artista salían por otra puerta y animado por la esperanza, corrió temiendo llegar tarde. Él esperaba que los artista triunfante, los que ganaban miles de pesetas en una noche, le darían una espléndida limosna. Llegó a tiempo, los divo todavía no habían salido y aterido de frío, esperó su salida. Pasó un poco de tiempo, unas voces se acercaban poco a poco, risas femenina intercalada en la conversación indicaban que una mujer se acercaba a la puerta. Pitusín se alegró, sabía por experiencia que las mujeres son siempre más caritativa que los hombre, y sus ojazo se iluminaban pensando en la limosna que creía recibir.

El grupo de persona llegó ala puerta, Pitusín con su vocecita plañidera y débil, balbuceó: “Señorito, una limosna que no he cenado esta noche”. Nadie se dignó volverse. “Caballero, déme una limosna que me muero de hambre”. Una cara hosca se volvió y le dijo: “Indecente, no nos molestes”. Pitusín se quedó desilusionado, no esperaba este recibimiento, pero el hambre punzándole el estómago, le hizo correr buscando al grupo que tan mal le recibía y que iba a montar en un epatante Cadillac. “Señorita, volvió a balbucear, soy Pitusín, déme una limosna”. El desdichado creía que diciendo su nombre le socorrería con esplendidez. La tiple se volvió y miró al chico, echó mano al bolso y sacando una limosna, la puso en las mano de Pitusín que, embobado, la miraba. Y montó en el automóvil, que arrancó veloz antes de que el

muchacho, repuesto de la emoción, le pudiera dar las gracias. El pobre chico, a pesar de la helada que caía, no sentía frío. Él solo pensaba en que tenía en sus manos una moneda que le permitiría almorzar aquella mañana. Él, con su alma infantil, creyó ver en los ojos de la tiple una gran misericordia y sintió caer en sus manos una moneda que él tomaba por una peseta. Miró a su alrededor temiendo que alguien le quitara su fabuloso tesoro y como no había luz, corrió a un farol para contemplar la preciada moneda. Encontró uno y se sentó debajo recibiendo los efluvios de luz que se derramaban sobre su cabeza. Volvió a mirar con desconfianza y no viendo a nadie, extendió su puño que apresaba la pretendida peseta. Aflojaba poco a poco la mano, recreándose al ver aparecer un piquito de almoneda; igual juega el gato con un ratón que ha conseguido coger y en sus juegos, cuando el ratón corre seguro de que el gato no le coge, el felino animal en dos saltos se apodera del ratón y le devora. Así Pitúsín, al ver el piquito de la moneda, abrió de pronto la mano y soltó una exclamación.

La moneda que tenía en sus manos y que le había dado la opulenta dama, no era una peseta, eran “dos céntimos”.

Toda su ilusión se vino abajo y rabioso, apretó los puños amenazando en la dirección por donde el auto había desaparecido. Pero al mismo tiempo que su ilusión se fue, el hambre le hizo volver en sí y contempló tristemente la mísera monedilla.

Pitúsín, con almoneda en la mano, recibía el frío que penetraba hasta la médula de los huesos y pensaba en su desgarradora situación. Él, que tan contento estaba porque veía resuelto el problema de su desayuno, sentía más hambre que nunca. Hacía cerca de un día que no probaba bocado. Las gentes con quienes vivía le dieron un mendrugo de pan y redijeron que no volviese con las manos vacías. Errabundo, vagó Pitúsín por las calles pidiendo limosna, pero en vano. “Dios te ampare”, le decían unos. “No tenemos”, le decían otros y la mayoría le contestaba: “Trabaja si quieres comer”. Y se lamentaban de la indiferencia de los poderes públicos que consentían pulular a tanto ser indigente.

El muchacho filosofaba sin saberlo, recordaba el gentío alegre y bullicioso que salía del teatro, contento de haber pagado su entrada para admirar a los grandes artistas, recordaba el dineral que ganarían los actores por hacer alarde de su voz; recordaba el magnífico abrigo de pieles que preservaba del frío a la artista de cabellos negros y pensaba, por último, en su pobreza extremada. Se comparaba con cada uno de los que había visto y siempre encontraba en su contra una gran desventaja. Su alma dolorida apuraba gota a gota el cáliz de hiel que el ángel de la pobreza le hacía apurar.

El extremado frío consiguió volverle de su éxtasis y lentamente el hizo andar sobre las frías baldosas de la acera. Su gran debilidad le impedía andar por mucho tiempo; apoyándose en las paredes lograba avanzar algunos pasos. Cansado se sentó en el umbral de una casa, se sentía mareado. Notaba que se le iba la cabeza y veía danzar las casas a su alrededor. Cerró los ojos y sintió la sangre golpear las sienes; la cabeza el pesaba mucho y le parecía que estaba hueca. Quiso levantarse y no pudo, sintió flojear sus piernas y, aunque se aferró con sobre humanas fuerzas a la puerta, cayó al suelo. Abrió los ojos, miró el claro firmamento tachonado de estrellas y los volvió a cerrar. ¡Pobre Pitúsín! Había muerto. Tendido cara arriba, recibiendo el beso mortal estaba Pitúsín, el que momentos antes, con su vocecita de jilguero hambriento, demandaba una limosna para satisfacer su necesidad...

Amanecía. La luz se derramaba a torrentes reflejándose en los cristales al mismo tiempo que los teñía de los hermosos colores del arco iris. La ciudad se despertaba de su sueño, animando las calles. Los madrugadores recibían el beso fresco de la mañana invernal; unas cuantas cocineras y criadas envueltas en sus chales de lana marchaban en grupo con dirección al mercado. El pobre Pitúsín seguía tendido con la cara teñida de la palidez de la muerte, los labios morados y el lacio pelo rubio cayendo ondulado sobre la blanca frente. Al ver a Pitúsín, el grupo de cocineras se detuvo; algunas chillaron, otras corrieron asustadas y una más previsora avisó a dos guardias que transitaban por aquel sitio.

La gente se reunía formando un nutrido corro, los más distintos comentarios se sucedían. Los dos guardias llevaban en sus brazos el inanimado cuerpo, cuando casualmente pasó por allí un automóvil. El vehículo se detuvo y el chofer se ofreció para conducir el cadáver a la Casa de Socorro. Más ver la ironía del destino: en el automóvil marchaba la famosa tiple, la espléndida donante de dos céntimos que todavía Pitúsín aferraba entre sus delgaduchos dedos. Partió el auto, el grupo se deshacía; los transeúntes proseguían su camino y a uno se le ocurrió preguntar: “¿Qué ha sucedido?” “Nada, respondió otro, un pobre que ha muerto de hambre y de frío”. Y alzándose el cuello del gabán, prosiguió indiferente su camino.

De la muerte de Pitúsín nadie se dio cuenta. En un pobre coche le condujeron al depósito, después a la fosa común. ¡Pobre Pitúsín! Al día siguiente los repartidores voceaban los periódicos, compré uno y en primera plana aparecía el retrato de la tiple, radiante de belleza y de color. Debajo decía: “La eminente tiple XX que tras brillante tournée por los principales teatros de España y cuya despedida ha constituido el más brillante éxito de la temporada, marcha a Chicago donde se dicen la pagan tres mil dólares por función”. Seguí leyendo el periódico. En la última plana, en la columna dedicada a los sucesos, venía otra noticia: “Muerto de hambre. A las cinco de la madrugada se ha encontrado el cadáver de un niño de doce años, muerto de hambre y de

miseria. La encantadora tiple XX, que casualmente pasaba por el lugar del suceso, ofreció su automóvil para llevar el cadáver a la Casa de Socorro, donde certificaron su muerte. Después fue conducido al depósito general. La M^a XX está recibiendo muchos placeres por su humanitario acto”. Leí la noticia y no pude menos de sonreírme y exclamar: “Ironías del destino”.

SUEÑOS DE GLORIA

23.10.1922

Las notas se iban desgranando poco a poco, saludando el despertar del día. Respondiendo al bélico aviso, la vida del campamento fue animándose. De las entreabiertas tiendas iban asomando legionarios que con palangana y toalla iban a lavarse; animados corrillos se formaron esperando el toque de fajina, mientras otros se ocupaban en levantar las tiendas y, ya plegadas, en colocarlas sobre los lomos de los mulos que esperaban pacientes la orden de marchar.

Sonó el toque de fajina y los legionarios acudieron con las tazas al sitio donde se encontraba la cocinilla de campaña, y se iban retirando llevando en las tazas el café que con un bollo de pan, constituía su desayuno e iban a comerlo sentados en las piedras, recibiendo los primeros rayos del sol, que más avanzado el día, había de calcinarles.

La columna estaba preparada, el tercio como de costumbre formaba con los Regulares la vanguardia; los jefes reunidos cambiaban impresiones, esperando la orden de marcha, ésta no se hizo esperar. Por la carretera avanzaba rauda y petardeante una motocicleta. El conductor entregó un pliego a Millán Astral y volvió a desaparecer por la misma carretera. Nuevamente se dio la orden de formar y a esta orden sucedió la de marcha, la del Tercio empezó posprimeros ompases de la Madelón, que fueron contestados por un estruendoso hurra que enardecía el ánimo de los “novios de la muerte”, que ya deseaban entrar en combate para saciar su rabia en los rifemos.

Al frente de su sección marchaba el teniente Juan Sánchez, mejor conocido por el sobrenombre de “el teniente fantasma”. Nadie sabía su procedencia, ni se sabía por qué había ido al Tercio, su bautismo de fuego lo celebraba en el próximo combate e igual los legionarios que los jefes, esperaban el momento de la lucha para apreciar la bravura de su nuevo compañero.

Llegado al Tercio días antes, formó íntima amistad con el galleguito Franco y una noche le contó su historia:

“Nací en Extremadura, mis padres, ricos propietarios del lugar, quisieron que me hiciese abogado, pero yo que descendía de militares, que contaba entre

mis antepasados a ilustres guerreros cuyos retratos admiraba en las galerías de mi caserón y que fui creciendo al compás de las leyendas que me contaba el viejo mayordomo Matías, también quería ser militar.

Tenía quince años cuando empezaba a prepararme para ingresar en la Academia. Al año de ingresar ocurrió el desastre de Aunual, a los pocos meses salí ya alférez con destino al batallón del regimiento de Ceriñola, por la defensa que hice de un brocao cerca de la segunda caseta.

Fui ascendido a teniente y pedí el traslado al Tercio, fascinado por las hazañas de los legionarios. Pasado mañana espero mi bautismo de fuego como legionario y espero portarme como alguno de mis antepasados”.

Esa era su historia que el comandante Franco contó a Millán Astral y que no supo ningún otro individuo de la Legión.

La columna continuaba su marcha silenciosa, solo se oía el rumor que producen al andar las tropas y los carros que tropiezan con las piedras del camino. Ya había entrado el día, el cielo había perdido su brillo acallado por el sol, que iba vertiendo progresivamente torrentes de fuego sobre los abrasados campos del África. La vanguardia fue acercándose a los últimos macizos del Gurugú, objetivo principal de la operación; en el aire fueron apareciendo cinco aeroplanos que cerniéndose sobre los montes, describían anchas circunferencias y dejaban caer de vez en cuando, sobre algún grupo enemigo, las bombas que levantaban enorme cantidad de tierra y abrían profundos hoyos.

Entre los peñascos del cerro empezaban a aparecer chilabas que se acomodaban tras las penas. Comenzaron a cruzarse los primeros disparos, la artillería dejó oír su potente voz; una completa calma sucedió a esos momentos y la voz de Millán Astral resonó por el campo: “En guerrillas y procurad esconder el cuerpo, flanqueo al cerco al cerro de la izquierda y la primera compañía que avance por el desfiladero”.

A esta orden, la Legión se deslizó como por encanto. Los legionarios ocultándose tras las piedras, empezaron a escalar el cerro; los disparos se sucedían rápidamente empezaron a caer algunos muertos y heridos. Cuando los legionarios se encontraban en la parte superior del cerro, ver a los rifeños y lanzarse a ellos, todo fue uno. Las bayonetas se clavaban en los cuerpos con la velocidad del rayo; el uno con el fusil cogido por el cañón golpeaba la cabeza de los moros; otro hundía su bayoneta en el pecho de otro; aquel cogía piedras y las lanzaba por la pendiente que, en su veloz carrera, cogían y magullaban a los moros que ya comenzaban a huir

Después de unos minutos de lucha, los moros se desbandaron seguidos por las balas que hacían describir piruetas al moro que corría por la ladera.

(24.10.1922) Mientras la lucha se verificaba en la cima del cerro, la primera compañía según la orden dada, marchaba pro el desfiladero. Una doble línea de trincheras donde parapetados los moros, disparaban casi a quemarropa, paró la marcha de la compañía.

Al ver el capitán aquella doble línea de defensa, repartió sus legionarios por las breñas desde las cuales empezaron a disparar esperando refuerzos de las otras compañías. Éstas tras la victoria alcanzada en el cerro, descendieron por las laderas hacia el desfiladero, atraídos por el ruido de la fusilería que resonaba hacia aquella parte.

Al encontrarse en el fondo, se dieron cuenta de que los moros habían coronado las alturas que rodeaban las trincheras. Rehechos los legionarios iniciaron un ataque hacia las defensas enemigas, peor el fuego de los moros, ayudados de los que ocupaban los cerros, rechazaron el ataque. Los ayes de los heridos se confundían con los disparos y con la gritería de los rifeños, llegaron nuevas fuerzas que intentaron escalar los cerros, pero fueron rechazados por los certeros disparos de los moros. Rugidos de rabia acogieron el fracaso de esta segunda tentativa; los aeroplanos empezaron a lanzar bombas, y el cañón comenzó a retumbar. A cada cañonazo seguía un ensordecedor vocerío de rabia, proferido por los moros.

El tableteo de las ametralladoras acompañaba en aquel horrible concierto. La moral de las tropas iba decayendo rápidamente y ya se preveía una funesta retirada, cuando el teniente Fantasma, con el semblante demudado y los ojos fuera de sus órbitas, volviéndose a su sección, les dijo con rabiosa voz: “Legionarios, el honor de la Legión y de la Patria están comprometidos. La sangre caliente de nuestros compañeros pide reparación. Novios de la muerte, atestigüad una vez más el mate que lleváis. A ellos”.

Y clavando las espuelas a su caballo, se lanzó a la carga seguido de su sección. Fuerzas salidas del grueso de la columna intentaron escalar los cerros para distraer la atención de los enemigos. Aterrador fue el ataque dado pro la sección seguida del resto de la compañía; la banda del Tercio tocó la Marcha Real, animando a los legionarios que sintieron correr por sus venas escalofríos de entusiasmo.

El teniente Fantasma penetró veloz con su caballo en las trincheras enemigas, su sable cortaba un cuello para abrir rápidamente un cráneo; su caballo con enormes saltos de carnero impedía fijar la puntería y aplastaba con sus cascos las cabezas de los rifeños. Los legionarios ebrios de rabia, se precipitaron al enemigo, no se daba cuartel; el que caía, parecía aplastado por los demás.

La lucha siguió encarnizada durante varios minutos, los moros se defendían a la desesperada animados por su caídas que los incitaban a la lucha en nombre del Profeta. Pero empezaron a decaer ante el empuje de los nuestros. Un hurra resonó por el campo, retumbando en las concavidades de los montes. El teniente Fantasma a caballo clavaba la bandera española en el pico más alto de la trinchera, mientras en los ceros cercanos aparecían las tropas españolas. Al ver aquel resultado, la morisma huyó a la desbandada perseguida por los Regulares y españoles. La victoria había coronado la bravura de nuestras tropas con el éxito más rotundo; los ingenieros empezaron a establecer una posición, los Regulares se encargaron de su defensa y la columna regresó al campamento. Aquel mismo día el teniente Sánchez se convertía en el laureado capitán Fantasma.

Tras la empeñada lucha, los bravos legionarios necesitan descanso y ya en el campamento se dividieron en grupos, comentando el combate reciente. Cuando charlaban más animados, un toque del cornetín les sacó de la conversación. El correo había llegado, los legionarios corrieron en busca del portador de las cartas y le rodearon formando un apretado corro. Pero no todos los legionarios acudieron al toque del cornetín. Únicamente los parias, los que no tenían familia o que no les escribía, los que contaban en un pasado algún grave contratiempo, quedaban en su sitio silenciosos, o dirigiendo a los que corrían una amarga sonrisa.

Mientras se repartían las cartas, reinaba el silencio más profundo en el corro. Un capitán iba leyendo los sobres: Jacinto Vega, Federico Dasier, John Mavenson, Otto Kornev, etc. Los nombrados lanzaban un presente, cogían la carta y sentados en una piedra devoraban con la vista cien veces las letras de los seres queridos. Éste tenía carta de sus padres, ése de su hermano, aquel de su novia y otros de distintos conocidos.

Esta es la hora más deseada por los soldados en campaña; parece hallarse uno en la presencia de la familia, mientras unos leían las cartas, otros escribían a sus casas. ¡La de cosas que preguntaban! La abuela, la novia, las cosechas, los ganados, el hermanito pequeño y otras nimiedades que no se fijaban cuando estaban en el pueblo.

La noche iba acercándose, el sol trasponía los montes cercanos tiñéndolos, nubes de oro y fuego, un vientecillo ligero se levantaba de poniente, las sombras de la noche se iban apoderando poco a poco del horizonte, oscureciendo el crepúsculo.

La vida del campamento seguía bulliciosa, turbando el silencio del campo. Como un eco venido desde lejos, sonaron cadenciosas y solemnes las notas del toque de oración que todo el que lo oye se sumerge en una honda melancolía. Las notas salían de la corneta, pausadas y rítmicas; los legionarios evocaban en

sus mentes la imagen querida de su aldea y les parecía oír el toque de oración en la vieja campana de la iglesia.

Quizás a aquella misma hora en otro tiempo, el legionario acompañaba a la fuente a la novia y volvían enfrascados en amorosa y casta conversación, mientras resonaba en la campana los últimos toques y las golondrinas revoloteaban pro el campanario. Quizás se ofreció a su mente la imagen de la madre, de su novia que en el santuario de su cuarto rogasen a Dios por la prenda querida, que lejos de ellos, luchaba por el honor de la Patria. O quizás recordase algún compañero querido que en los combates pasados entregó su vida a la carrera veloz de una bala.

Los últimos sonos del toque de oración se perdieron en la inmensidad de la campiña, dejando en los corazones uno tinte de amargura o de recuerdo. Como respondiendo al toque, sonaron algunos disparos que indicaban que los moros no permanecían ociosos. Los pacos se sucedían con frecuencia hiriendo a algún legionario.

El nuevo capitán Fantasma paseaba por entre las tiendas, recordando su rufanera. Pensaba cuando propuso a sus padres ingresar en la Academia para eclipsar a los otros soldados y el que había soñado con ejecutar grandes hazañas, estaba muy lejos de pensar que él salvaría a la bandera española de la vergüenza de un desastare. Pensaba en esto, cuando resonó en la montaña un pac... Como una bala vino a dar en su frente, la vista se nubló, le pareció ver danzar la tierra a su alrededor y el capitán Fantasma cayó muerto, dibujado en sus labios un rictus de impotencia.

Un rayo de luz filtrándose por el balcón me despertó del sueño. Qué diferencia de decoración: en el sueño me creía muerto, mis compañeros rodeando el cadáver antes de enterrarme. En la realidad, una habitación pequeña, blanca. Me encuentro vivo y la cama está revuelta; me parecía encontrarme dirigiendo el combate en el cual era yo el héroe y a pesar de que en el sueño había muerto, me costaba trabajo creer que estaba en mi casa.

Pero la cariñosa voz de mi madre, vino a sacarme de dudas: “Juan, levántate que son las siete”. Entonces me di cuenta de la realidad. me levanté, me vestí y los chapuzones que hice dar a mi cabeza, me borraron toda idea de Marruecos. Abrí el balcón y el sol inundó mi estancia.

Los gañanes trillaban las parvas haciendo correr a las mulas al chasquido del látigo; los potros correteaban juguetones persiguiéndose unos a otros; alguna garrida moza marchaba al pozo por agua; los pájaros cantaban alegremente en las ramas de los álamos. Al ver yo semejantes cuadros, sentí invadir mi pecho una ola de optimismo. Deseché el pensamiento de ser militar y bajé apresuradamente la escalera, monté en la jaca que ya estaba preparada, y la lancé al galope por las inmensas tierras de mis padres.

SUYA SIEMPRE

19.8.1925

Mes de mayo, reja con flores, en ella desgranar su dulce canción dos enamorados. Sobre ellos la tarde pone su magnificencia de luz y el cobalto del cielo. Pían sobre los álamos de la plaza cercana unos gorriones; asoman curiosos sobre las paredes del jardín dos eucaliptos. Tranquilidad. Luz, música, armonía, el eterno poema del amor.

Rosita es rubia, de ojos azules, labios rojos divinamente recortados, barbilla graciosamente dibujada, mejillas de fuego y cutis de raso. Junto a ella un galán vierte en sus oídos el agradable murmullo de querer, que la suena a inefable melodía. “¿Me quieres?” “Con toda mi alma”. “No te creo”. “¿Qué no?”

Mes de mayo, reja con flores, tarde magnífica de luz. Cielo purísimo de cobalto. En la plaza cercana asoman sus cabecitas unos gorriones; sobre las paredes del jardín se levantan dos gigantescos eucaliptos. Se adivinan los cuadros de flores por el enervante aroma del aire. Tranquilidad. Luz, música, poesía, amor. Todo un poema.

Reclinada en su sillón, Rosita contempla la augusta caída de la tarde. Su carita de cera virgen, apenas rosada, recibe los postrimeros rayos de sol que cabrillean en su rubio cabello. Rosita sueña en aquel concierto de alegría, su alma triste recuerda horas de placer pasadas, en sus dedos juguetea un clavel blanco ya seco. Es todo un recuerdo, toda una época de felicidad.

Fue también una tarde de mayo, una tarde de luz y armonía. Junto a la reja Rosita escuchaba adormecida el torrente de arrulladoras palabras que su galán la ofrendaba. Sus azules ojos lo envolvían amorosamente, su alma estaba pendiente de aquella divina música. Pasaba la tarde, el crepúsculo avanzaba, la reja continuaba lo mismo. Entre las verdes hojas de enredadera y las azules campanillas se adivinaba la blanca cara de Rosita, absorta, embebecida, adormecida cual si soñase con dichas no alcanzadas todavía; risas, murmullos, cuchicheos, manos enlazadas, ojos negros que asaetan, se clavan en los azules de la amada. Ráfaga de pasión, suspiros.

“Muñequilla, ¿me quieres?” “Mucho”. “¿Hasta cuándo?” “Para siempre”. “No te creo”. “No me crees, comprendes que pueda olvidarte. Jamás, antes se tornara rojo este clavel blanco”, y al decirlo se arrancaba del pecho un clavel reventón, fragante, hermoso, que unía a sus galas el honor de haber reposado en el busto de Rosita.

Volvió a reinar el mismo misterioso silencio. Hablaban los ojos, se cruzaban las miradas y en aquel crepúsculo de rosa, el estallido de un beso selló aquel pacto de amor.

Rosita recuerda aquella tarde. El clavel ya seco la habla de aquel amor que también se marchitó. En la reja florida y solitaria murmura el aire, llenando la sala de misterioso rumor. Pero Rosita no presta atención a nada, absorta contempla la calle esperando ilusa que el amante vuelva.

¡Pobre chiquilla! No sabe que el novio la ha olvidado, que quiere a otra mujer, que verterá en sus oídos las mismas palabras que la cautivaron, que ya no se acuerda de ella más que para presumir de conquistador. Y, sin embargo, ella no lo olvida. El clavel seco la acompaña como testigo de su juramento. Su corazón no palpita más que al recuerdo de él; enferma, sabe que la muerte la acecha, que podrá dejar de existir de un momento a otro y ella cree, espera, aguarda a que se dibuje entre la reja galana la imagen del que la hizo suspirar de amor y adormecerse arrullada al son de dulcísimas palabras.

Rosita ha inclinado la cabeza. Su carita se ha quedado blanca como el marfil, ha curvado su cuerpo. Al seco golpe de tos ha acompañado sangre. Desfallece, se siente morir y ha llevado a sus labios el clavel. Lo besa y al retirarlo lo ve manchado, está rojo y ante aquel suceso, Rosita se acuerda de la otra tarde, sonríe tenuemente, quiere sonreír y sus labios dibujan una extraña mueca. ¡El clavel blanco se ha vuelto rojo! No puede morir y soñadora cree que unos dedos la cierran los ojos y que unos labios, en beso ardiente, se posan en sus párpados. Pero su amor no se ha extinguido, únicamente la muerte puede arrancárselo.

UN SUEÑO

(Sin fecha)

Es de noche, una de esas noches de julio calenturientas, pesadas, sin que el más leve soplo del viento mueva las hojas de los árboles. El campo estaba silencioso y solitario; la luna alumbra con sus rayos todo el inmenso horizonte. En una linda casita de blancas paredes cubiertas de enredaderas, me encuentro. Está cerca del pueblecito y pasaba junto a la casa la carretera. En una pequeña habitación sencillamente decorada, me encuentro; sentado en una mecedora y alumbrado por un rayo de luna, paseo mi mirada por la campiña. A mi vista se ofrece un panorama encantador: a la derecha se encuentran las grandes parvas, que han de trillar las criadas al apuntar el día. Iluminadas por la luna, parecen pequeñas islas en medio de un tranquilo, pero negro mar. A su lado están grandes montones de trigo, rodeados de paja. Junto a ellas, los

pacíficos bueyes rumian su comida mientras miran con entornados y soñolientos ojos los campos, sonando sus cencerros al mover la cabeza o cambiar de postura.

Cerca están los mulos que han de trillar el trigo y por allí corretean los pobres que, juguetones, se persiguen unos a otros. A la izquierda se extienden los grandes campos de trigo, inmóviles, sin moverse al débil soplo del céfiro. Halagando mi oído, cantan los grillos, algún búho o los arrullos de dos tórtolas que en las ramas de un árbol, se cuentan sus castos amores. Los suaves perfumes exhalados por las flores del jardín embalsaman el aire, aspirando medio dormido sus aromas; envueltas en los murmullos producidos por un cercano arroyo que cae entre peñas, llegan a mi oído once campanadas dadas pro el reloj del pueblo. Al oírlas, me levanto, dirijo una mirada a los campos, me meto en la cama y al poco tiempo estoy dormido como un tronco.

Durmiendo me parece ver entrar una persona. Era un hombre alto, rubio cabello; se destaca de su cara cubierta de barro mezclado con vino; sus ojillos grises miran curiosamente la habitación. Por su grande boca, despoblada de dientes salen de vez en cuando palabras en un lenguaje extraño para mí. Lleva puesta una túnica azul, que oculta su enorme abdomen; sus flacas y secas pantorrillas están al descubierto y sus pies encerrados en unas sandalias. En su huesosa mano lleva una copa llena de vino; inútil es decir el miedo que sufrí al entrar semejante personaje. Me revuelvo en la cama, grito pero el huésped no se marcha; le creía un demonio venido para sepultarme en los profundos infiernos y loco de terror, salto de la cama y caigo de rodillas ante el extraño huésped, pidiéndole perdón.

Pero él, dándome la mano, me levanta y me dice con cavernosa voz: “No temas, soy el dios Baco y hago feliz a mis adoradores”. “Pero, señor, dejadme. No me gusta el vino, ¿qué queréis?” “Cállate, idiota, no he venido para hacerte un adorador mío, sino para que me acompañes a un viaje que pienso hacer por los aires”. “Eso es imposible, ¿cómo queréis que yo aprenda a volar para romperme la cabeza al caerme?” “He dicho que te calles y escucha atento. Para un dios no hay nada imposible: beberás un poco de este vino sacado de las viñas del cielo y te brotarán alas, y juntos surcaremos los aires como unas golondrinas”.

Me presenta la copa y la miro; era una copa de oro primorosamente tallada. Sus dibujos representaban hazañas de Baco (ya le tomo algo de confianza) y el líquido que contiene es transparente, amarillento y despidе un olor que hubiera hecho beber al más retraído. Apuro de un trago casi media copa y siento un hormigueo en las espaldas; llevo la mano y en me encuentro con un par de soberbias alas que no tendrían que envidiar de las de una cigüeña. Salimos al balcón y merced a un vigoroso aletazo, me remonto en el aire, el dios Baco me acompaña. A gran velocidad cruzamos todos los rincones de la tierra, dejando en nuestro vuelo atrás a las rápidas águilas, y adelantando a los

vapores cuya chimenea despide columnas de humo. A las pocas horas de vuelo nos posamos en un elevado cerro; a nuestros pies se extiende toda la Grecia: sus ríos serpenteaba entre bosques de olorosas adelfas, tomillos y otras olorosas plantas.

¡Qué diferencia entre la Grecia de Homero, Esquilo y Demóstenes a la Grecia de Constantino y Venizelos! Aquella dichosa en medio de sus luchas, sencilla, humilde y rica; ésta revuelta en guerra con otras naciones, apenas repuesta de la gran catástrofe mundial, pobre. En aquella, sus caminos eran pisados por tranquilos bueyes, humildes labradores en sus borricos; sus arroyos y ríos surcados por barcas que se abandonaban a sus dulces corrientes; sus casas alegradas por los cánticos y el pulsar de la lira y el eco de las montañas solo repetía las suaves notas de la pastoril gaita.

En la moderna, sus carreteras son atravesadas por automóviles, escuadrones de caballería o cañones y pertrechas de guerra; sus ríos y costas surcados por barcos de vapor o por enormes acorazados, cuyas poderosas hélices baten el mar con fuerza; sus casas silenciosas son interrumpidas por lágrimas y sollozos de las madres, esposas o hermanos que lloran la pérdida de los seres de su corazón.

¡Qué comparación con aquellas madres y esposas que no solo veían indiferentes la marcha del ser amado, sino que le incitaban al combate! Y el eco de sus montes solo contesta con los ruidos del cañón, el tableteo de la ametralladora o el tiro aislado de un fusil de los que luchan por la independencia de su patria.

De esta meditación me saca Baco, poniéndome su mano en mi hombro. “Ven, remonta el vuelo y subiremos a los cielos. Deja de mirar esta vida de penas y dolores, y ven conmigo a la región donde solo se goza y se divierte”. Emprendemos el vuelo y al poco tiempo, una enorme muralla nos detiene. Está hecha de granito y sus almenas están desiertas; una puerta de oro cierra la entrada al Olimpo y de dentro salen cantos de goce y alegría. Baco da unos golpes en la puerta y jun justo se asoma a la ventana, y exclama: “¿Quién es? ¿Quién es el atrevido que turba con sus golpes la majestad del Olimpo? Si eres un dios, ¿por qué no remontas el vuelo por encima de las murallas? Y si eres un mortal, ¿por qué no llamas a la otra puerta y pagas tu pasaje a Carón por pasarte de la laguna Estigia? Habla, di, soy Mercurio y quiero saber si me estafa Carón”.

Sus ojos despiden llamas de indignación y parece quererse echar encima de nosotros para agobiarnos con su peso, pero Baco le contesta con tranquilidad: “Soy yo, Mercurio. No paso por encima de la muralla porque me acompaña un mortal y éste no paga a Carón porque viene llamado por Júpiter”. Mercurio desaparece y al poco tiempo la dorada puerta gira sobre sus goznes; una gran claridad sale por las abiertas puertas dañándose los ojos. No me atrevo a

penetrar. ¡Cómo yo, un simple mortal, va a entrar en el Olimpo y manchar con mi impura planta el recinto sagrado! Pero Baco me dice: “Sigue adelante”. Entramos en el cielo y cuatro hermosas jóvenes se apoderan de mí; en volandas me meten en una habitación, me desnudan y me zambullen en un baño de plata entre olorosas esencias. Sin dejarme mover, me lavan, me purifican y me encuentro vestido con una túnica blanca. Mis brazos y mis piernas están sin cubrir, y ya purificado, me llevan a la presencia de Baco. Ya solos marchamos por un camino de polvo de oro; en un inmenso jardín están los justos, cantan, bailan, corren por sus paseos, cortan flores que vuelven a nacer enseguida y se lanzan a los estanques en cuyas cristalinas aguas, llenas de hermosos peces, parecen otras nuevas sirenas.

Conducido por Baco, atravesamos varios paseos y llegamos a la plazoleta central. Era grande, está rodeada de flores que despiden olorosos aromas de grandes pebeteros, jaulas con cantores, pajarillos y árboles de cuyas ramas pendían cien mil objetos.

En el centro de la plazuela se extendía un enorme estrado. Tenía la forma de una inmensa escalera, en los primeros peldaños están jóvenes que tocan diversos instrumentos. En gradas ascendientes se encuentran los cantores, dioses pequeños, dioses de mayor importancia, hasta llegar a Júpiter.

Pero dispensad, mi memoria me es infiel y, aunque no lo fuese, mi pluma no está tan bien cortada para reproducir lo visto, para describir lo que tú, lector amable, leerás. Se necesita la pluma de un Cervantes, de un Chateaubriand, de un Sienquienwitz o de un Echegaray; y como carezco de ella, solo espero tu benevolencia. Y vosotras, musas, que desde lo alto de vuestro palacio guiáis mi pluma, dadme inspiración suficiente para cantar a un mundo infinitamente superior al nuestro. Y tú, Eufemia, nodriza de las nueve musas, conduce mi ardiente inspiración para alcanzar lo que tu nombre indica: la gloria.